

La Ilustración Artística

Año XXXIII

BARCELONA 3 DE AGOSTO DE 1914

Núm. 1.701

LONDRES. - EXPOSICIÓN DE LA REAL ACADEMIA. 1914



LA SIESTA, cuadro de Walter Langley

(Reproducción autorizada por los Sres. Cassel y C.^ª, de Londres.)



Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Andresilla*, por Angela Graupera. — *Lourdes. El XXV Congreso Eucarístico Internacional.* — *La guerra entre Austria y Servia.* — *Viaje del Presidente de la República francesa a Rusia.* — *El juramento de Nadia* (novela ilustrada; continuación). — *París. El proceso de la señora de Caillaux.* — *Revista naval de Spithead.* — *Monumento a Marcelino Berthelot.*

Grabados. — *La siesta*, cuadro de Walter Langley. — Dibujo de Tamburini, ilustración al cuento *Andresilla.* — *La confidencia*, «panneau» decorativo de Amán Jeán. — *Tipos y costumbres marroquíes* (lámina). — *Lourdes. El XXV Congreso Eucarístico Internacional* (tres fotografías). — *La guerra entre Austria y Servia.* — *El príncipe heredero Alejandro de Servia.* — *El Sr. Pachitch.* — *El conde Berchtold.* — *El general Hoeltzendor.* — *Ecce Homo*, cuadro de Antonio Ciseri. — *Salutación matutina*, cuadro de Roberto Bompiani. — *Convaleciente*, cuadro de Walter Firle. — *Viaje del Presidente de la República francesa a Rusia* (cuatro fotografías). — *París. El proceso de la señora de Caillaux.* — *La gran revista naval de Spithead.* — *Monumento al ilustre sabio Marcelino Berthelot*, obra de Saint-Marceaux.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es un espacio humilde el que vamos a visitar: los ámbitos de un huerto. ¿Creéis que un huerto vale menos que las cumbres de los Alpes, donde Manfredó espacio su desesperación romántica? Desengañaos. En la naturaleza todo tiene el mismo valor, porque todo es necesario. Estoy por decir que un estercolero importa tanto como un jardín florido y lleno de aromas.

Ahora bien, un huerto y un jardín son cosas muy sencillas, muy llanas, pero, ¡cuánta gente habrá por el mundo que en esa llaneza encuentre verdadera delicia! El consejo que dió a los desengañados y maltratados por la suerte un maestro de la ironía humana, fué «cultivar su jardín».

Y otro maestro del buen sentido, rebozado en elegancia — Horacio — dió, si no me equivoco — porque el citar de memoria tiene este peligro —, que los labradores serían muy dichosos, si conociesen el bien que disfrutaban.

Sería difícil explicar de un modo enteramente satisfactorio el goce que proporcionan un jardín o un huerto o ambas cosas a la vez. En efecto, la ninguna novedad del espectáculo y su carácter anodino parecen vulgarizarlo y llevarlo a la categoría de lo indiferente. Y, no obstante, es lo diario, lo vulgar, lo soso, lo que más cautiva, con atractivo indefinible, lento, penetrante. En Francia se cuentan por centenares de millares los pequeños rentistas que se han dedicado a *planter ses choux*, como allí dicen, y encuentran a la sopa hecha con esas coles particular sabor. Porque a esas coles las han visto nacer y crecer, y las han visitado de noche para que no se las comiesen las limazas, y han sentido un inocente orgullo al verlas arropollar. Y así Francia posee una extensa vega, donde la maleza y las ortigas no invaden la más pequeña parcela de terreno.

* *

Somos nosotros también un país agrícola. Hay comarcas españolas en que se cultivan frutos muy bellos y muy suculentos, y Castilla es la región trianguera, y en Galicia el maíz crece tan fresco como en las extensiones americanas. No tenemos, con todo eso — y la culpa será del clima y de la hidrología — tantos huertecillos, tantos vergeles como Francia. Gran parte de España está inculta. Hasta hace poco tiempo, apenas se comían verduras aquí, excepto en el Norte y Noroeste. En Andalucía el régimen vegetariano se reducía al gazpacho o a la ensalada de lechuga. Es cierto que muchos campesinos se mantenían con un tomate crudo o un pimiento asado; pero no se conocía o se conocía poco esa cantidad de vegetales comestibles que en Francia se cuidan tanto y han llegado a ser indispensables en la mesa.

El francés no comprende la existencia ni la cocina sin muchísimas zanahorias, remolachas, patatas, escarola, berenjenas, hongos, setas, escorzoneras y nabitos tiernos. La gente pobre de París, viejecitas que han sido porteras y están retiradas, chiquillos hijos de familia numerosa, a quienes sus padres dan forzoso asueto para merodear, salen a las fortificaciones, y en un cestillo, pulcramente, recogen lo que aquí con desprecio llamamos «yerbas», y con las cuales aderezan sabrosa ensalada: diente de león, barba de capuchino, verdolaga, achicoria silvestre...

— ¡No cabe duda, me dió una vez un amigo galó-fobo, estos franceses necesitan pastar!

Creo que la humanidad entera necesita pasto, porque enseña la ciencia que los alimentos vegetales son buenos para el cuerpo y para el alma...

Se supondría, a primera vista, que quien cultiva un huerto sólo recibe plácidas impresiones. Preparar la tierra, abonarla, sembrar, ver cómo germina la simiente, creciendo la débil planta, por milagrosa operación de la naturaleza; observar la formación del fruto, la lozanía del follaje — todo eso es grato, suave, sedante, inocente. Pero hay sus tropiezos en el camino: los hay en todo lo que se intenta —. Hay la lluvia torrencial, la excesiva sequía, los topes, que minan y roen cuanto encuentran; hay sobre todo las babosas, las babosas glotonas y feroces, enemigas de la plantita nueva, jugosa y blanda como la carne de un niño.

* *

A pesar de tantos inconvenientes, las hortalizas van llegando a sazón. Es admirable lo que ha progresado la horticultura, y que el hombre haya sabido, por medio de su trabajo y su inteligencia, convertir la planta silvestre en tantas y tan suculentas variedades. En efecto, puede que crea mucha gente (no tiene nada de extraño, pues he conocido a señoritas que ignoraban que el vino se hacía con uvas) que las hortalizas que hoy figuran en nuestras mesas fueron, desde el principio del mundo, cual hoy las vemos. Es el esfuerzo del hombre, es su voluntad, lo que las ha hecho llegar a su actual estado. Eran en un principio algo duro, seco, insípido, inútil para la nutrición. Con iniciativas felices y tenaces, se han transformado. Aun ahora, la zanahoria, por ejemplo, existe en el estado salvaje. Se recoge la semilla de esta planta, y se modifica, por el cultivo, en plazo relativamente breve, convirtiéndola en la excelente hortaliza (más apreciada de franceses que de españoles) que acompaña y realza tantos platos. Y no sólo se obtiene este resultado, sino que se logran, procedentes de aquella silvestre semilla, todas las variedades, desde la de Chantenay y la nantesa, hasta la azucarada de Doubs.

* *

¿Os habéis fijado alguna vez en un peral salvaje? Sus frutos son como avellanas, duros como palo. ¿Habéis contemplado, en las Exposiciones, esas peras enormes, gordas, que parecen rebosar jugo y que pesan kilos? Pues no son ni más ni menos que aquellos otros frutillos, los piruétanos, que ningún paladar puede sufrir.

Por eso se suele hacer la comparación entre el cultivo de los vegetales y la educación humana. Lo que con los primeros hace el trabajo material, con los otros el educativo. Paréceme, no obstante, que es mucho más seguro el éxito que se obtiene con los vegetales. Muchos hombres no salen nunca de piruétanos.

* *

Una triste noticia: la muerte de Víctor Said Armesto, erudito, poeta y catedrático de altura. — Víctor Said Armesto muere temprano. Era un muchacho delgadísimo, endeble, que parecía montado en alambre, y aquella su viveza y su nerviosidad no dejaban ver lo delicado de su complexión y la escasez de su resistencia física, para la lucha que emprendió a fin de lograr una situación mediana y modesta. Casado bastante joven, con numerosa familia, apremiado por ese anhelo tan natural de asegurar, ya que no el porvenir, siquiera el presente a sus amadas prendas, Armesto emprendió crearse posición, desarrollando sus aptitudes realmente brillantes. Se reveló como investigador penetrante y sutil en su libro *La leyenda de Don Juan*; dió en el Ateneo lecturas y conferencias que impresionaron, allí donde están bastante gastadas las impresiones; hizo conocer viejos romances, procedentes de Galicia y Portugal, algunos de ellos sorprendentes por el encanto misterioso de su poesía (como aquel de los dos rosales, que, brotando de las tumbas de los enamorados muertos, con tal fuerza expanden su vegetación, que desquician las rejas y alzan las losas de las sepulturas, y hasta rompen los vidrios de la iglesia que encierra los sarcófagos).

* *

Todo el mundo consideró bien ganada la cátedra de Literatura galaico portuguesa que Said Armesto obtuvo, y presto se le contó entre la media docena

de intelectuales que prometían para lo venidero una labor meritoria y bella.

Pero si la fama empezaba a sonreír al activo trabajador, había algo que siempre le ponía ceño: la salud. No sólo la suya, sino la de sus hijos, que a un tiempo vió acometidos de fiebres perniciosas, y hasta creo recordar que alguno sucumbió. En medio de esas penas hondas, Said Armesto necesitaba seguir luchando, ir adelante, porque en los ejércitos de la inteligencia, como en los otros, soldado que se rezaga, soldado muerto o prisionero. No perdía nunca el ánimo el combatiente: encontrábase yo muchas veces en la Biblioteca del Ateneo, enfrascado en estudios y lecturas, y me hablaba de planes de nuevos libros, de trabajos en preparación, de grandes perspectivas orientadas hacia los orígenes de las literaturas y de los idiomas romances en la Península Ibérica.

Era seguro que Said Armesto llegase, en este terreno, hasta donde quisiese; su edad y sus dotes lo prometían. Tenía lo que los eruditos no siempre tienen, y acaso tienen rara vez: un sentido hondo de la realidad histórica, de esas energías vitales de que los documentos son mera envoltura, cáscara que engaña si no se sabe apartar y buscar el núcleo sabroso. La escuela del documento será muy buena y muy seria, lo que se quiera; pero un documento no dice sino lo convencional: detrás del documento está, sangrando, la vida, y si no es la vida lo que en él buscamos, no tiene significación alguna. Y un documento debe vestir de piel y carne a las edades pasadas, y hacerlas resurgir ante nuestra contemplación, para enseñanza de lo profundo y de lo íntimo de la historia.

Si no sirve para esto, será arena, grano de arena en el inmenso playal de la indagación, y disgregada la arena, en ella no brota vegetación alguna.

* *

No era el malogrado pontevedrés un ratón de biblioteca, sino un poeta de la erudición, lleno de jugo y de médula, que desentrañaba lo pasado con modernísimas intuiciones. No nos ha dado más porque no lo consintió su destino.

Como la inmensa mayoría de los escritores, Said Armesto intentó y probó la suerte del teatro. Una zarzuela, *La flor del agua*, fué su tributo. El libreto, claro es. Y sobre tal producción corrió una leyenda: era fatídica: traía la desgracia.

No se debe ser supersticioso, convengo; pero es el hombre cosa tan pequeña y deleznable; la suerte le trae y lleva de tal modo, en sus giros, que ante la incertidumbre del destino y la sombra que nos rodea por todas partes, se comprende que crea en agüeros y en otras niñadas.

Ahora se ha hablado mucho de la profecía de Madama de Thébes acerca del asesinato de los Archiducos herederos de Austria; y en México están cumpliéndose los vaticinios de una lega agustina del siglo XVII, que anunció la revolución actual, el largo mando de Porfirio Díaz, y la etapa terrible de los «tres Franciscos», o sea de los tres presidentes que han llevado este nombre de pila. El libro de la lega está publicado hace bastantes años, de modo que no cabe trampa; y sus ya muy raros ejemplares se buscan ahora con singular interés.

¿Qué tiene de extraño que se esparciese la leyenda referente a *La flor del agua*?

Chapí, que empezaba a componer la música, murió; el teatro de la Zarzuela, donde iba a estrenarse la obra, ardió, no sin extrañas circunstancias; y para confirmar el mal hado, cuando por último llegó a subir a escena la nueva zarzuelita, fué Said Armesto el que, súbitamente, desapareció de este mundo...

Con alegría rebosante me había dado la noticia: — ¿No sabe usted? El sábado, estreno...

Estábamos en los pasillos de la nueva Zarzuela, donde yo acababa de asistir a la representación de *Maruxa*.

Y, en efecto, se estrenó la obra, no aquel sábado, sino días después...; pero el autor ya estaba postrado en el lecho, de donde no debía levantarse.

Y así son las esperanzas, y así los deseos, y así los triunfos. Polvo, humo, aire, nada.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

ANDRESILLA, POR ANGELA GRAUPERA, dibujo de Tamburini



La traviesa chiquilla, escondida tras los añosos troncos...

Una abundante lluvia de bellotas cayó sobre él. Volvióse agresivo dispuesto a repeler la agresión y vió a la garrida mozueta tendida boca abajo, entre la verde hierba, riendo locamente. Estaba irritado de las continuas bromas de la rapaza y dispuesto a castigarla.

El día anterior, después de abundante lluvia, salía como de costumbre a cortejar a la bella Dolores, cuando al pasar por el umbroso camino que bordeaba su cortijo sacudieron con furia los corpulentos árboles, dejándole mojado de la cabeza a los pies. La traviesa chiquilla, escondida tras los añosos troncos, había sido autora de la hazaña.

Acercóse, dispuesto a bofetearla, e impasible la muchacha le aguardaba, sin dejar de reír; pero al levantarla brutalmente, irguió el cuerpo, defensiva, y en el gallardo gesto aumentó su estatura, encontrándose cara a cara con la del joven. Miráronse firmes en la inmensidad de sus pupilas y Pedro quedó indeciso:

— ¡Dios!.. ¡Qué bonitilla era la chiquilla!

Los ojos, grandes, negros y profundos, tenían reflejos metálicos, como si el sol irradiase en ellos; el cutis moreno, aterciopelado; la nariz chiquita, ligeramente achatada, prestaba a su fisonomía una expresión encantadora de picardía, mientras debajo se dibujaba perfecta una boca roja, sensual.

Aquel hermoso rostro cerca del suyo encendió en su corazón un deseo pujante. El cuerpo que se estremece entre sus brazos olía a hierba fresca, a naturaleza, y embriagado con su perfume, ansió apretar aquel cuerpo, besar aquella boca. Razonó. ¿Cómo iba a besar a la sucia y vagabunda rapaza?

Y al soltarla se quedaron silenciosos, mirándose en los ojos. Al fin soltó la risa Pedro y exclamó:

— ¡No iba yo a pegarte, chiquilla!.. ¡Anda..., márchate!..

— Ya sabía que no me pegarías. Sólo pegan los hombres malos y tú no lo eres, contestó ella seria.

Sorprendido la miró otra vez en pleno sol. En contacto con la naturaleza, su cuerpo se desarrollaba precoz, acusando curvas y redondeces provocadoras. Y otra vez sintióse turbado, en ansias de cogerla entre sus brazos y adorarla en la quietud de la selva.

— ¡Una chiquilla!

Y encogiéndose de hombros se despidió bruscamente.

Quedó la moza allí, en el camino, inmóvil, mirando silenciosa cómo el joven se alejaba; luego, cuando se perdió entre la espesura, subió al árbol más alto y desde aquella altura le siguió obstinadamente hasta perderle en las lejanías.

Caía la tarde en dulces languideces. Después de larga caricia solar, la naturaleza disponíase en apacible quietud a envolverse en su manto de estrellas.

Resonaba en la amplitud de la campiña el cencerreo de los bueyes trilladores, acompañado del canturreo del cachazudo labrador, de regreso a sus lares.

Escondía el sol su roja faz tras larga cordillera de montañas, mientras el cielo resplandecía, en últimos fulgores, como ascua de fuego.

Pedro regresaba de mal humor a su cercano cortijo: un recuerdo le perseguía constante. Fruía aún, con deleite, aquel perfume penetrante de carne saturada de naturaleza; veía aquellos ojos grandes, negros, profundos como el mar.

Un alegre charloteo y una risa argentina rompió la quietud del atardecer.

Entonces descubrió a la moza en charla con un joven pastor, cuyas ovejas pacían en un pequeño altozano.

Protegido por espesos arbustos los contempló largamente, y ante la ingenua alegría de la moza sintió

en su interior un sufrimiento extraño, que a ser otra la mujer, hubiese dicho eran celos. ¿Sería su novio? Quiso saberlo y no vaciló. Apartó las ramas y saltó ligero.

— ¡Andresilla!, llamó Pedro.

Corrió presurosa la muchacha.

— ¿Me llamas?, preguntó abriendo sus ojazos.

— Sí. ¿Qué hacías ahí?

— ¡Toma!.. ¿Qué hacías?.. ¿No lo has visto?.. Hablar con el pastor, respondió extrañada.

— ¿Es tu novio?

— No tengo novio.

Y bruscamente volvióse de espaldas, con intención de huir.

La cogió fuerte del brazo Pedro y atrayéndola insistió:

— ¿No es tu novio y... te besa?

Púsose grave el moreno rostro, fruncióse su negro entrecejo, aletearon furiosamente las ventanillas de su pequeña nariz e intentando desprenderse, repuso desdeñosa:

— Mientes; nadie me ha besado ni a nadie besaré.

Y más bajo añadió un poco trémula:

— Solamente besaré al que yo quiera.

— ¿Quieres a alguien?

— Eso no se dice; se guarda aquí.

Y en sencillo ademán señaló el corazón.

La vió un poco pálida, airosa y bella, envuelta en la tenue luz crepuscular e inconsciente mandó breve:

— Anda a tu casa, Andresilla, y deja de hablar con ése. ¡No quiero que hables con él!

Le miró de pies a cabeza, como preguntándose si estaba loco, y decidida replicó:

— ¿Eres acaso mi amo?

No respondió, arrepentido de su impulso, y soltándola se alejó, mientras la muchacha se reunía otra vez con el joven pastor.

Fatigada y sudorosa, sentóse al borde del camino y en aquella inmensa altura hundió en el azul del cielo sus miradas y sus pensamientos. ¡Era feliz!. Gozaba de todos los encantos de la naturaleza y así, siempre en contacto con ella, se le deslizaba bellamente la vida. Un quejido hondo, como salido de las entrañas de la tierra, la sobresaltó. Escuchó atenta y poniéndose las manos delante los ojos, para evitar los rayos del sol, escudriñó la inmensidad. Nadie..., y el quejido se repitió más largo, más doloroso.

Entonces, poniéndose en pie, miró el fondo que a sus pies se abría. Un bulto yacía ahí, entre espesos y floridos matorrales y, reconociéndole, una palidez se extendió por su moreno rostro.

— Pedro, gritó, ¿eres tú?

— Sí, Andresilla; ven, sácame de aquí.

La profundidad no era mucha y sin vacilar empezó a descender ágil, vigorosa, no tardando en llegar jadeante junto al joven.

— ¿Tienes cuchillo? ¿Sí? Dámelo.

Y registrando los bolsillos, sacó uno pequeño y cortó las ramas que aprisionaban a Pedro. Éste tenía una pierna lastimada y de la frente le caían gotas de roja sangre.

— ¿Estás herido?, gimió Andresilla. ¿Cómo has podido caer?

— Andaba distraído, me faltó el pie y caí.

— Intenta levantarte..., así..., apóyate en mi brazo. Lo primero es salir de aquí; luego te lavaré las heridas. No temas: esos sitios que te parecen infranqueables me son familiares..., verás..., no tardaremos en llegar a orillas del río.

Tras no pocas fatigas, llegaron por fin al margen del río y el cuerpo de Pedro se rindió sobre la fresca hierba, mientras la muchacha examinaba las heridas. Quitóse una especie de pañoleta que le cubría el cuello y parte del seno, y el joven admiró la esbeltez y finura de aquél y el nacimiento de unos pechos vírgenes, blancos, turgentes.

¿Qué sensación era la que sufría su cuerpo, en contacto con aquel otro puro y virginal? ¿Qué sensación más grata cuando ingenua, sin rubor, mostró las hermosas intimidades, ignorante del mal, extraña al peligro? ¿Por qué él, amor impenitente de la mujer, atrevido con ellas, sentía aquella timidez, aquel respeto por el cuerpo y los encantos de aquella chiquilla?

Mojadas las prendas en el río, vendó con ellas la pierna lastimada, lavó la sangre de la frente, y tendiéndose al lado de Pedro, preguntó la moza mirándole fijamente:

— ¿Quieres que vaya en busca de tu novia?

— ¡Mi novia!, repitió Pedro sorprendido. No tengo novia.

Una secreta alegría animó el moreno rostro.

— ¿No tienes novia? ¿No ibas todas las tardes a cortejar a Dolores?

— Un pasatiempo, una distracción, no mi novia. A la novia se la quiere y yo no quiero a Dolores.

— ¿Por qué, pues, engañarla con tus constantes visitas? ¿Por qué hacer creer a todo el pueblo que eras su novio?.. ¡Eso no está bien, Pedro!.. ¡Si a mí un hombre me hiciese eso!..

— ¿Qué harías, chiquilla?

— Le mataría, contestó resuelta.

— ¡Diablo!.. Pero ¿tienes novio?.. Porque eres muy guapilla, ¿lo sabías?

— Sí, contestó ingenua.

— ¿Quién te lo ha dicho?

— El agua del río y de la fuente, cuando me miro en ella, y tus ojos, el día que quisiste pegarme.

— Me agrada tu franqueza, Andresilla, y te quiero.

— No mientas. Nadie puede querer a una muchacha como yo, acostumbrada a trepar sólo por las rocas y montañas. No sé leer ni escribir; no me agrada coser ni guisar; no me agrada permanecer en casa: prefiero sol. Anda, Pedro, intenta andar, yo te dejaré; no quiero molestarte más tiempo.

— Andresilla, replicó quejoso, ¡estorbarme!.. A no ser tu auxilio, aun estaría en aquel maldito hoyo, luchando inútilmente con las malditas zarzas. Te debo agradecimiento; no seas adusta, dame la mano y seamos amigos, chiquilla.



La confidencia, *panneau* decorativo de Amán Jeán

Tendió miedosa su mano pequeña y tosca y él, cogiéndola con cariño, la estrechó fuerte y lealmente.

Calzado con altos y fuertes zapatos, envuelto en recio capote, chapoteaba Pedro por los enormes charcos abiertos en el camino por reciente y abundante lluvia. Silbaba el viento doblegando las ramas de los árboles cargados de fruto, que crujían dolorosamente, como si fuesen a romperse. El río bajaba impetuoso, serpenteando rugiente y amenazador entre los corpulentos y centenarios álamos.

Pedro se complacía en recordar una bella imagen: estaba desconocido. El pueblo, entrometido, empezaba a murmurar de su conducta, de la ruptura definitiva con la bella Dolores, sus correrías por los campos en compañía de la gentil rapazuela.

Era feliz, ¿por qué negarlo?.. Aquellas horas que le dejaban libre los cuidados y trabajos del cortijo, las disfrutaba dulcemente corriendo tras la muchacha, que alegremente le hacía ascender por sitios sólo de ella conocidos, y ya allí, completamente solos, ¡qué inmenso y hermoso era el cielo azul!.. La chiquilla tenía razón: era más sana, más pura aquella vida, que cortejar mozas, requebrar casadas y sentar fama de Tenorio.

Andresilla tenía para Pedro un encanto inexplicable. Cuando aquellos ojos grandes y oscuros se fija-

ban en los suyos, sentía el vértigo del deseo y precisaba un esfuerzo violento de su voluntad para no desflorar aquel tierno capullo. No: la pobre Andresilla poseía un gran corazón, un alma rústica de artista, entusiasta de la madre naturaleza. ¿Qué valían las conversaciones frívolas de las otras muchachas comparadas con las de aquella, cuyo único libro había sido la natura?.. Y cariñosamente trataba de domesticarla, haciéndola menos brava e indómita; el trabajo era arduo, pero lentamente iba recogiendo sus frutos.

Sonó argentina voz, poco lejana:

— ¡Adiós, Pedro!

Y la cabeza asomó y luego todo el cuerpo de Andresilla del fondo de una cueva abierta en la falda de la montaña. Llevaba la corta falda echada sobre su cabeza, y así se presentó a Pedro rientes los bellos ojos, rientes los rojos labios.

— ¿Estabas ahí mientras llovía?, le preguntó el joven.

— ¡Oh!.. Si hubiese estado ahí dentro no me hubiese mojado, pero el agua me pilló allí, ¿sabes?.., en aquella altura desde la cual caíste, y aun cuando anduve aprisa, no pude evitar que el agua me entrara por la cabeza y me saliese por los pies... ¡Mira!..

Y apartando la saya, mostró su cabeza empapada, aplastados los cabellos en las sienas, en el cuello. ¡Cómo relucían los ojos en aquella cara redondeada! ¡Qué bonitilla, con los cabellos negros aplastados, resaltando las perfecciones de su boca, de su naricilla atrevida!

— Eres una loca, Andresilla; sé mujer una vez. Anda a tu casa y no vuelvas a salir: está el tiempo revuelto.

— ¿Que no salga de casa? ¿Sabes lo que pides, Pedro?

— Sé perfectamente lo que te pido y espero me obedecerás.

Detúvose indecisa la muchacha, entre el temor de disgustarle y el deseo de desobedecerle, y levantándose sobre sus pies, preguntó:

— ¿Por qué ese interés en que esté siempre en casa? ¿No gozas y ríes como un chiquillo cuando correteas por el campo?

— Está el tiempo mal y volverá a llover. Hay más: te estás convirtiendo en una mujercita y las mujercitas deben permanecer quietas, recogidas en casa.

Ruborizóse la muchacha y mirándose las puntas de los dedos volvió a insistir:

— ¿Tú lo quieres, Pedro?

— Lo quiero y me darás gusto obedeciendo. Luego iré a verte, ¿quieres?..

— Sí: quiero, repuso gozosa.

Y dando un ligero salto, enlazó con sus brazos el cuello del joven y le besó en la mejilla, añadiendo: — ¡Toma!.. ¡Eres bueno y te quiero!..

Tiñéronse de púrpura sus mejillas, y como arrepentida del cariñoso impulso, huyó veloz.

Quedó Pedro inmóvil, dulcemente turbado, mirando cómo la morenilla perdíase entre la espesura.

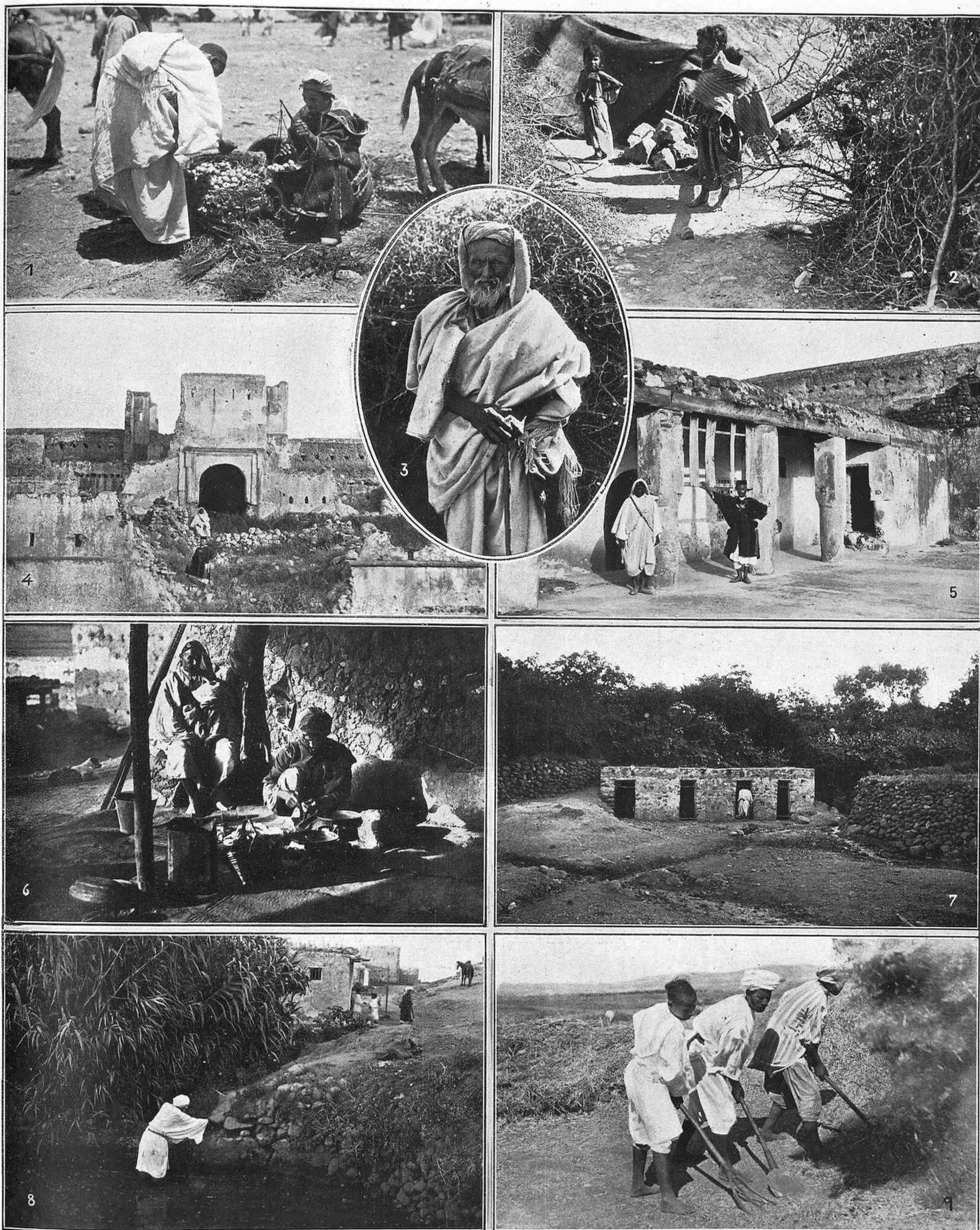
El sol, rasgando las nubes, asomó radiante la faz e iluminó el espléndido paisaje y doró las cúpulas de los altos árboles, que se reflejaban en los enormes charcos como en un claro espejo.

Aquel beso entró en su corazón, estremeciéndole.

Miró el lejano horizonte, miró el cielo cubierto aún por densas nubes, miró el sol asomando entre ellas y sintió el sol de aquel beso fugaz, cálido, vivificante. Vió su porvenir espléndido, risueño, iluminado por unos ojos con centelleos metálicos; vió cerca la suya aquella carita ingenua, adorable en su sencillez, y no vaciló. Su destino lo escribía aquel beso espontáneo, puro, sincero.

«Solamente besaré al que yo quiera», recordó. Y debía quererle, cuando le había besado.

Despertó del sueño, y agradablemente sorprendido de la realidad, se encaminó directamente a casa Andresilla, en ansias de sentir otra vez la caricia de sus brazos, el calor de su beso.



1. El zoco de Beni-Bu-Yahi. Vendedor de fruta. - 2. Niñas moras en la puerta de su jaima en la llanura del Garet recientemente ocupada. - 3. Viejo nómada de la llanura del Garet. - 4. Histórica alcazaba de Frajana que fué sitiada, tomada y destruída por las cabilas mandadas por el Roghi. - 5. Entrada de la escuela y mezquita instaladas en el interior de la alcazaba de Frajana. - 6. Moro vendedor de carne en la puerta de un café moruno en el zoco. - 7. Baño moro de Frajana adonde acuden las moras de la cabila para efectuar sus diarias abluciones. - 8. Moro preparando una laguna para recoger las aguas de las lluvias y aprovecharlas para regar sus campos durante el verano. - 9. Moros de la llanura del Garet efectuando los trabajos de la recolección que dejaron abandonados cuando el último avance de nuestras tropas y que ahora han reanudado convencidos de los beneficios que ha de reportarles la acción de España.

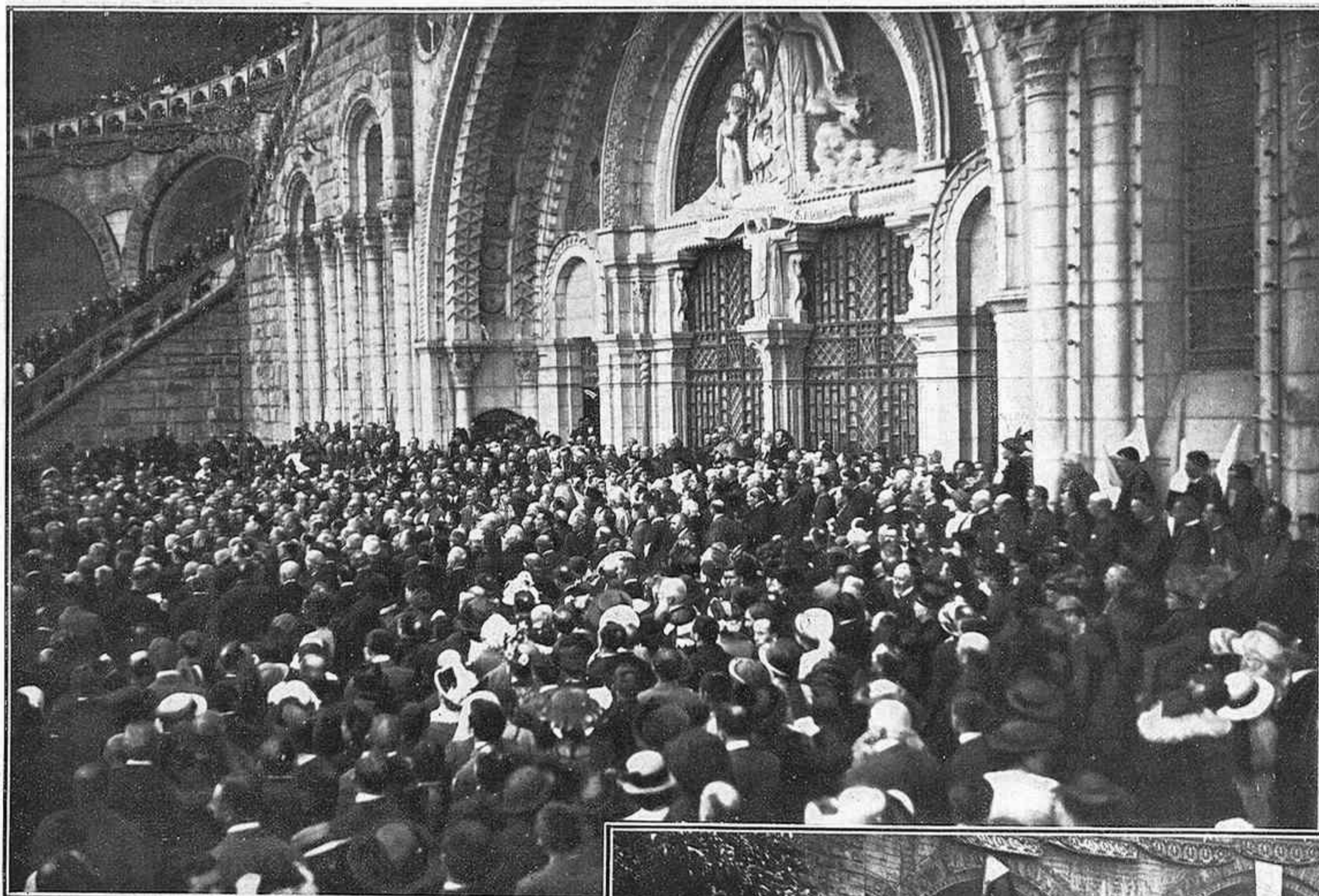
LOURDES. - EL XXV CONGRESO EUCHARÍSTICO INTERNACIONAL. (Fotografías de Carlos Trampus.)

Con solemnidad extraordinaria se ha celebrado en Lourdes, los días 22 al 26 del pasado julio, el XXV Congreso Internacional Eucarístico, que ha sido pre-

gria, dos de Irlanda, dieciocho de Italia, uno del gran ducado de Luxemburgo, uno de Montenegro, cuatro de Portugal, uno de Rusia, uno de Suiza, uno de la Turquía europea, tres de China, dos de las Indias orientales, tres de Indochina, nueve de la Turquía asiática, tres de diversas regiones de Africa, dos de las Antillas, ocho del Brasil, siete del Canadá, uno de Chile, siete de Colombia, siete de los Estados Unidos, uno de México, uno de Panamá, uno del Paraguay, dos del Perú, uno de la República Argentina, dos de Venezuela y tres de Australia.

El Congreso se ha dividido en las siguientes secciones: francesa, italiana, tcheque, austriaca, alemana, inglesa, española, flamenca, valona, polonesa y húngara, en todas las cuales se han tratado importantísimos temas referentes a las respectivas iglesias nacionales y a los intereses generales de la Iglesia.

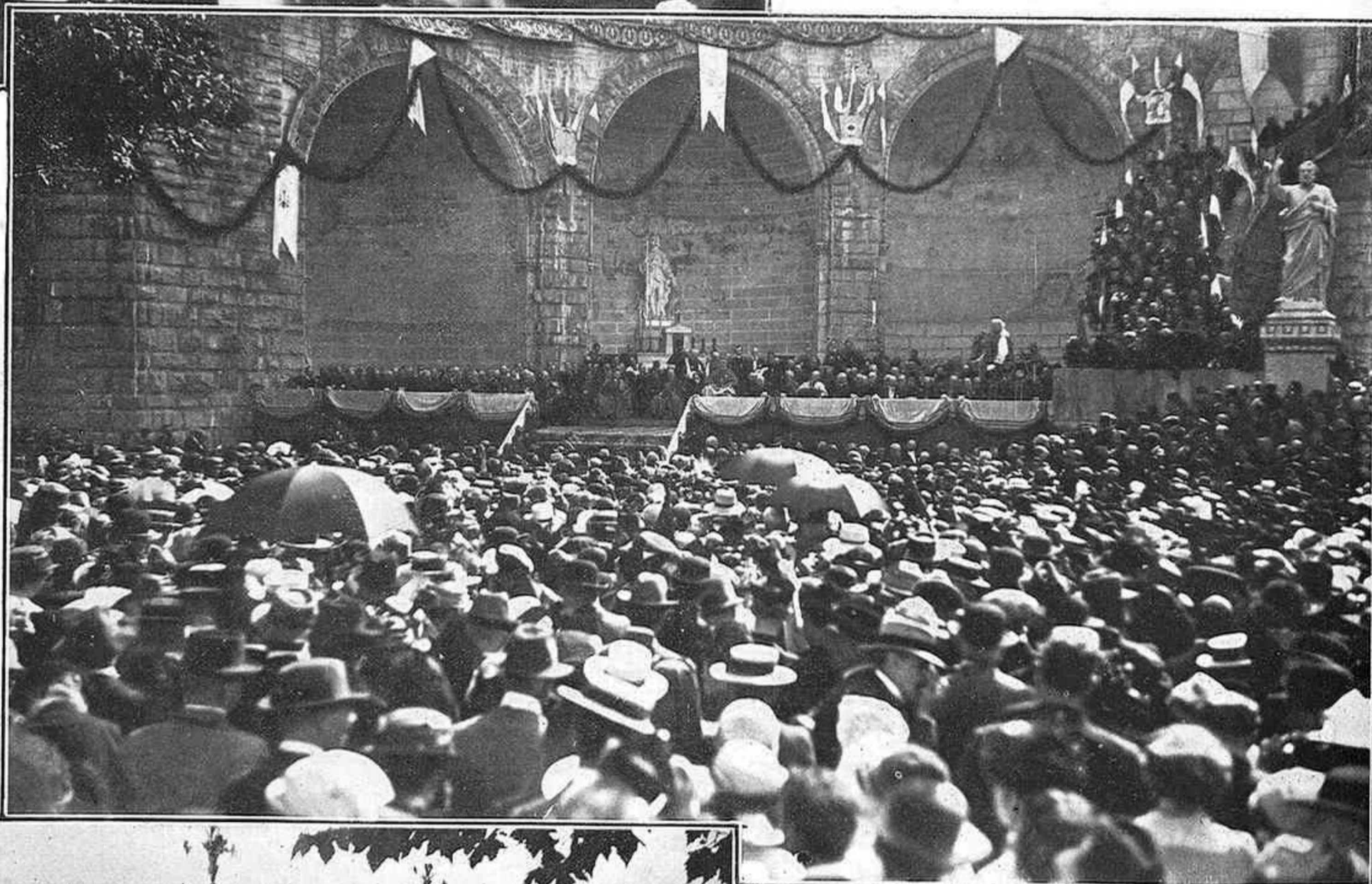
La víspera de la apertura del Congreso llegó a Lourdes el Legado pontificio, siendo objeto de un recibimiento grandioso. Esperábanlo en la estación monseñor Schoepfer, obispo de Tarbes y Lourdes, gran número de prelados y sacerdotes, el Ayuntamiento de la población y un gentío inmenso, que lo saludó con entusiastas aclamaciones. Dirigióse el cardenal al hotel Terminus, en donde el alcalde Sr. Lacaze le dió la bienvenida en elocuentes términos, a los que aquél contestó dándole las gracias en sentidas frases.



La plaza de la Basílica durante la recepción solemne del legado pontificio, el cardenal Granito di Belmonte, acto al que asistió una multitud inmensa, que aclamó con entusiasmo al representante de Su Santidad Pío X.

sidido por el Legado pontificio cardenal Granito Pignatelli di Belmonte, una de las más eminentes figuras del Sacro Colegio. Han concurrido al mismo, además del legado, los nueve cardenales siguientes: Netto, patriarca dimisionario de Lisboa; Loghe, arzobispo de Armagh, primado de Irlanda; Farley, arzobispo de Nueva York; Almaraz, arzobispo de Sevilla; Lucón, obispo de Reims; Andrieu, arzobispo de Burdeos; Cobrieres, obispo de Montpellier; y Sevin, arzobispo de Lyon. También han asistido 165 arzobispos y obispos, muchos miles de sacerdotes y un número extraordinario de fieles de las más diversas naciones.

Entre los 175 cardenales, arzobispos y obispos se contaban: uno de Alemania, uno de In-



Vista de la tribuna de cardenales, arzobispos y obispos y de la multitud de fieles que asistieron a la sesión inaugural del Congreso.

Seguidamente el Legado, acompañado de un numeroso y brillante cortejo, encaminóse, por entre una apiñada multitud, que ni un momento cesaba de vitorearlo, a la explanada de la Basílica, desde donde dió la bendición a la muchedumbre inmensa que llenaba la plaza.

El día 22 efectuóse la sesión de apertura del Congreso en la plaza de la Basílica del Rosario, en la que se habían levantado amplias tribunas y que se hallaba ocupada por más de diez mil personas. Al llegar monseñor Granito Pignatelli di Belmonte, fué acogido con una ovación estruendosa, que se prolongó largo rato.

Después de cantada un *Ave María* y de declarado abierto el Congreso, pronunciaron elocuentes discursos monseñor Schoepfer, el Legado pontificio, los cardenales arzobispos de Lisboa, Sevilla y Nueva York, un obispo alemán, otro italiano, otro tcheque y el cardenal arzobispo de Reims.

Terminada la sesión celebróse la procesión del Santísimo Sacramento, que resultó solemnisima.

El día 26 efectuóse la sesión de clausura, en la que pronunciaron hermosos discursos el cardenal legado, arzobispo de París, cardenal Amette, P. Janvier y otros prelados.



El cardenal legado, monseñor Granito di Belmonte, dirigiéndose a la gruta milagrosa

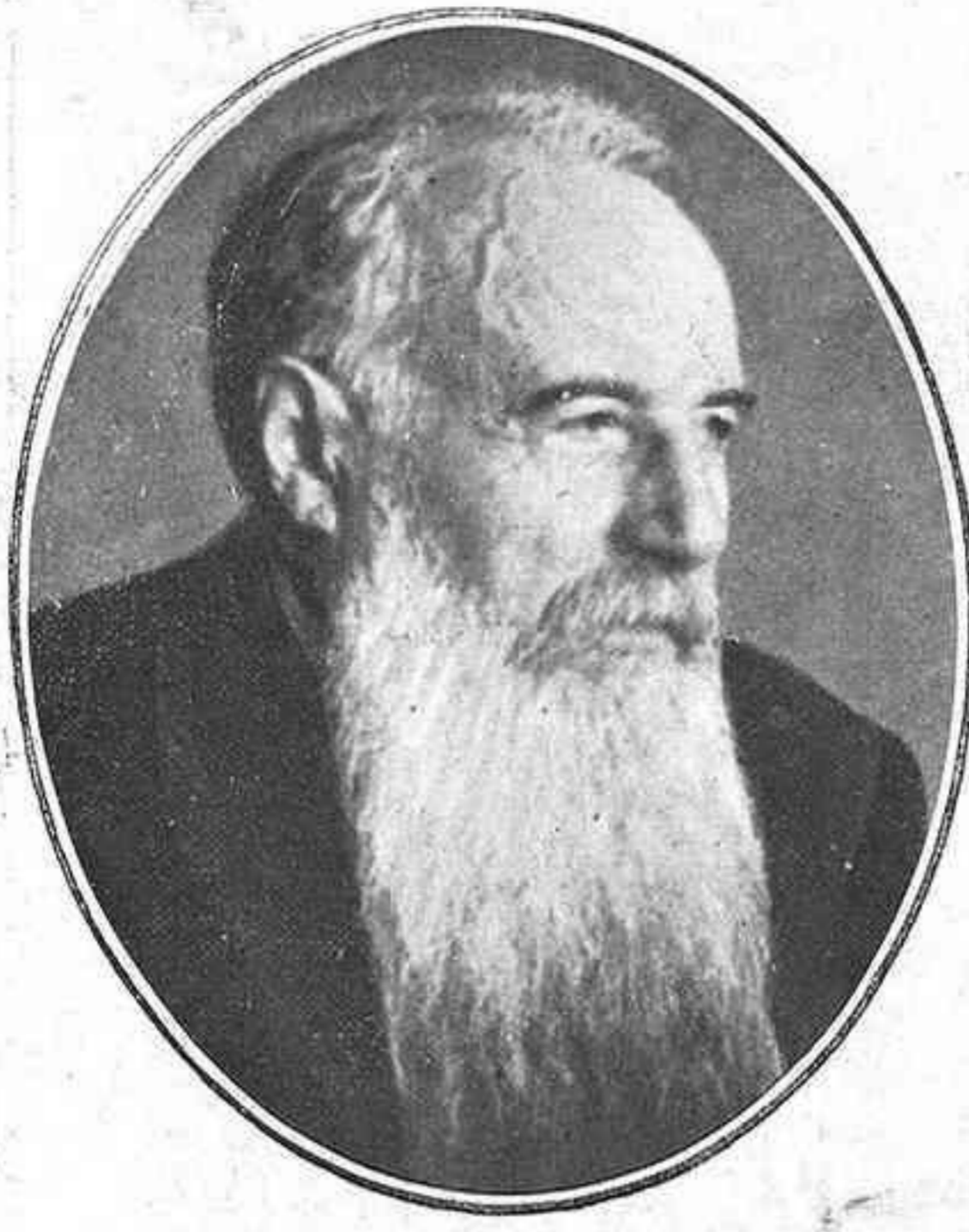
laterra, cuatro de Austria, uno de Bélgica, uno de Bulgaria, dos de Escocia, ocho de España, sesenta y tres de Francia y Argel, uno de Grecia, tres de Hun-

gria, dos de Irlanda, dieciocho de Italia, uno del gran ducado de Luxemburgo, uno de Montenegro, cuatro de Portugal, uno de Rusia, uno de Suiza, uno de la Turquía europea, tres de China, dos de las Indias orientales, tres de Indochina, nueve de la Turquía asiática, tres de diversas regiones de Africa, dos de las Antillas, ocho del Brasil, siete del Canadá, uno de Chile, siete de Colombia, siete de los Estados Unidos, uno de México, uno de Panamá, uno del Paraguay, dos del Perú, uno de la República Argentina, dos de Venezuela y tres de Australia.

LA GUERRA ENTRE AUSTRIA Y SERVIA



El príncipe heredero Alejandro de Serbia, que ha asumido el mando supremo del ejército. (De fotografía de Frankl.)



El Sr. Pachitch, presidente del Consejo de Ministros y ministro de Negocios Extranjeros de Serbia. (De fotografía de Rol.)



El conde Berchtold, ministro de Negocios Extranjeros de Austria. (Fot. del consejero imperial Kossel, remitida por Trampus.)



El general Hoetzendorf, generalísimo del ejército austriaco. (De fotografía de M. Rol.)

El asesinato del archiduque heredero de Austria Francisco Fernando y de su esposa, perpetrado en Serajevo el día 28 de junio último, ha tenido como consecuencia un conflicto de excepcional gravedad entre Austria y Serbia, conflicto que ha causado verdadero asombro, pues nadie lo esperaba, y que, según como los sucesos se desarrollen, puede determinar una verdadera conflagración europea.

El día 23 del próximo pasado julio, a las seis de la tarde, el ministro de Austria Hungría en Belgrado entregó al gobierno serbio una nota que revestía todos los caracteres de un *ultimatum*. En ella, después de recordar el compromiso contraído en 1909 por Serbia respecto de Austria y los agravios que, a pesar de ello, ha inferido desde entonces a esta última potencia la nación serbia y que últimamente se han aumentado con el referido asesinato, formulaba una serie de reclamaciones y exigencias que constituían un atentado contra la soberanía y la independencia del pequeño Estado balcánico, y terminaba concediendo para la contestación un plazo máximo: hasta las seis de la tarde del día 25.

La comunicación de esta nota a las demás potencias produjo gran sorpresa en toda Europa, pues las cancillerías comprendieron, dados los términos en que aquel documento estaba redactado, que Austria había formulado sus reclamaciones con el propósito preconcebido de que no fuesen atendidas y de tener, por consiguiente, un pretexto para declarar la guerra a Serbia. Y esta suposición quedó confirmada

cuando Austria se negó a acceder a la demanda de Rusia, que le pidió la concesión de un plazo mayor a Serbia con objeto de que la diplomacia pudiese, en el entretanto, buscar una solución pacífica al conflicto.

La contestación de Serbia a la nota austriaca, como es de

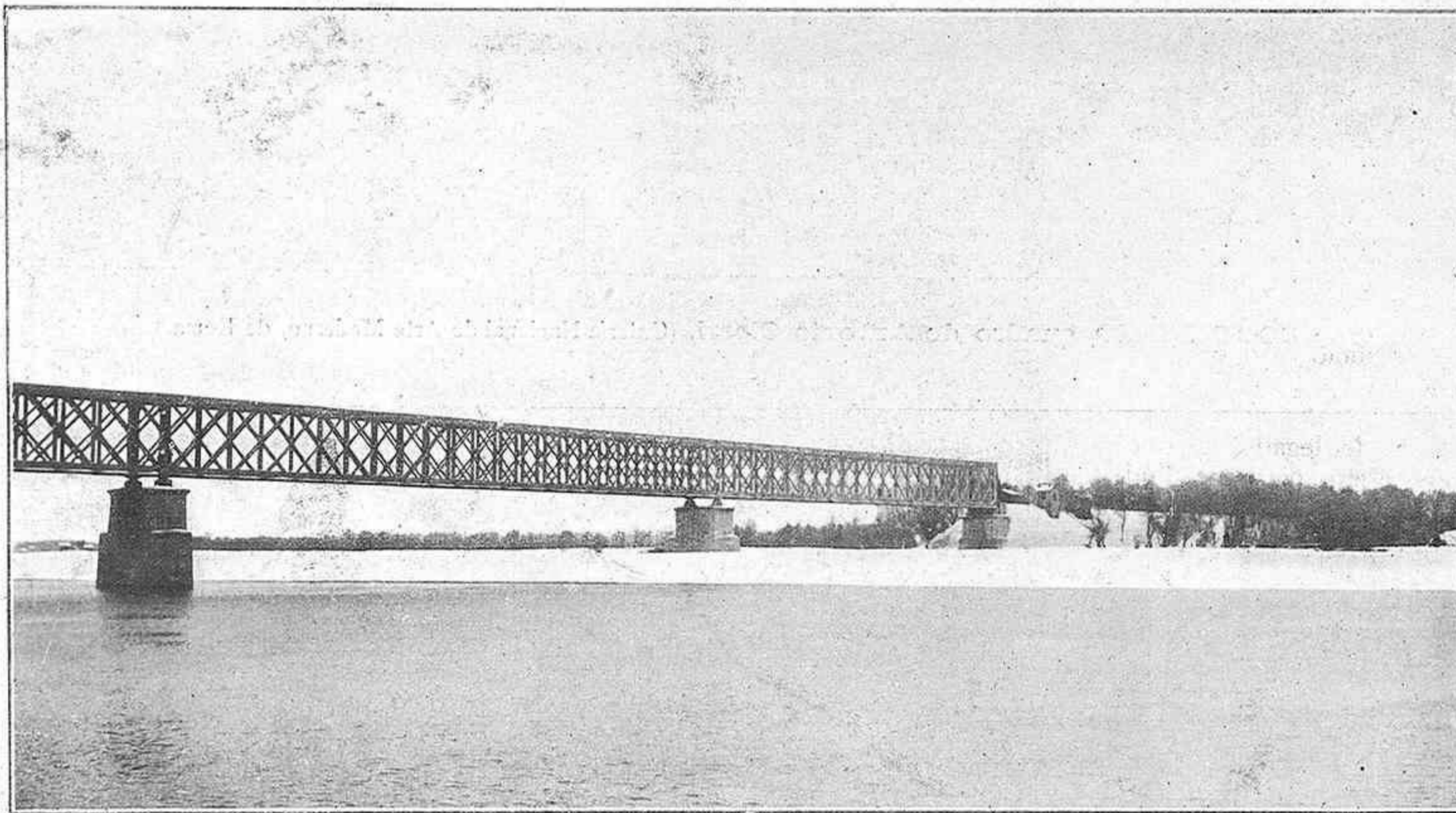
de entonces las relaciones diplomáticas entre ambos países. Aunque esta ruptura no significaba todavía la declaración de guerra, el gobierno serbio abandonó Belgrado, que por su situación geográfica está al alcance de los cañones austriacos de Semlín y a la merced de un ataque de las cañoneras austriacas del Danubio, y se instaló en la ciudad de Nisb, adonde han sido trasladados también el tesoro y los archivos del Estado. La guarnición evacuó asimismo la capital, no sin antes volar el puente que pone en comunicación aquella ciudad con la población húngara de Semlín.

El día 28 el *Diario Oficial* de Viena publicó la declaración de guerra de Austria con Serbia.

La diplomacia puede decirse que no descansa a fin de lograr que cuando menos el conflicto quede localizado; y para conseguir esto y aun para ver de arreglar pacíficamente las diferencias austro-serbias, Inglaterra propone la reunión de una conferencia de las potencias no directamente interesadas en la cuestión, es decir, de Inglaterra, Alemania, Francia e Italia.

Pero al mismo tiempo en todas las naciones se hacen grandes preparativos militares.

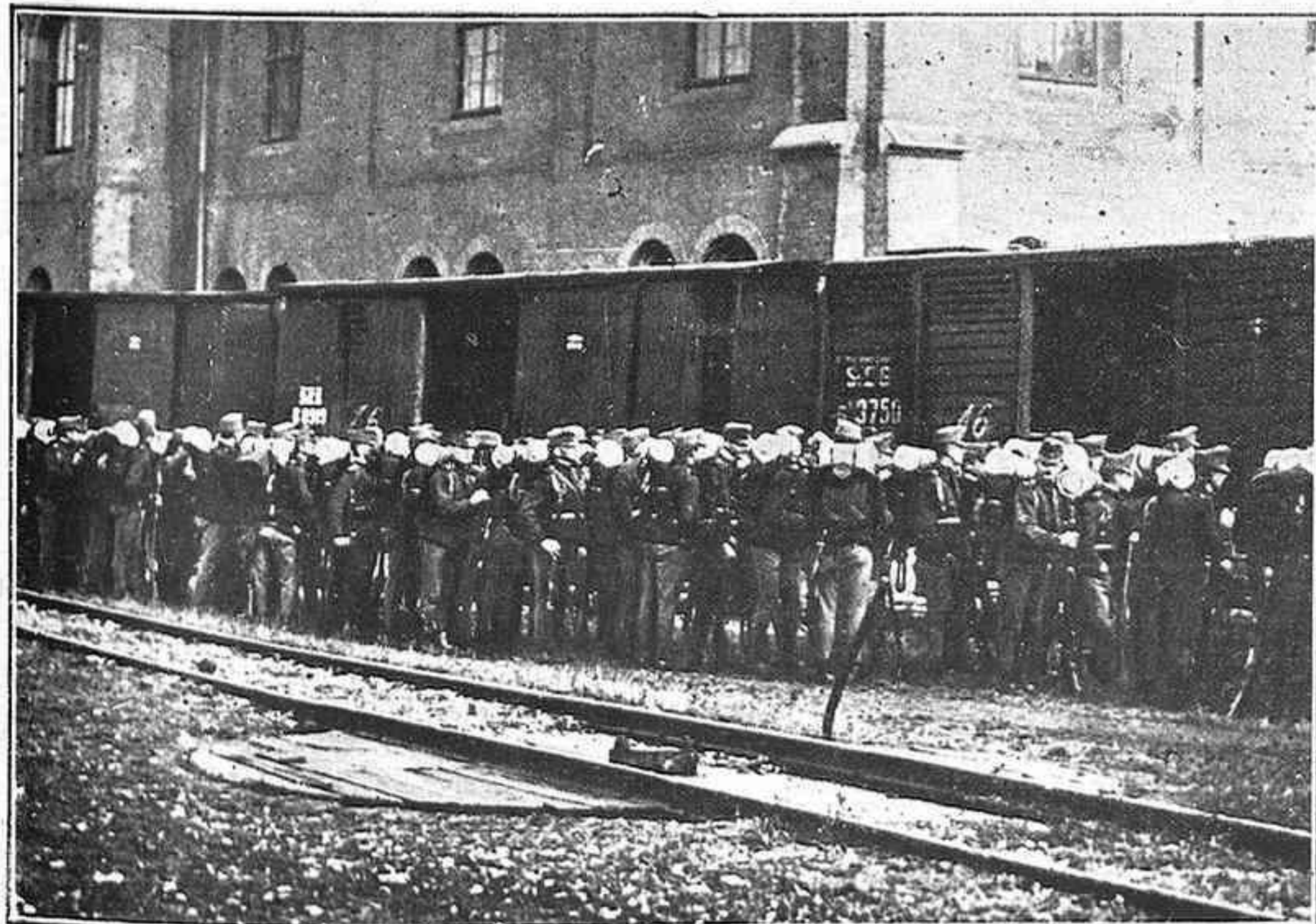
Si los esfuerzos de las cancillerías fracasan, será inminente el peligro de una guerra general, cuyas consecuencias no es posible calcular, pero que constituiría indudablemente una de las catástrofes más espantosas que la historia universal registraría en sus anales.



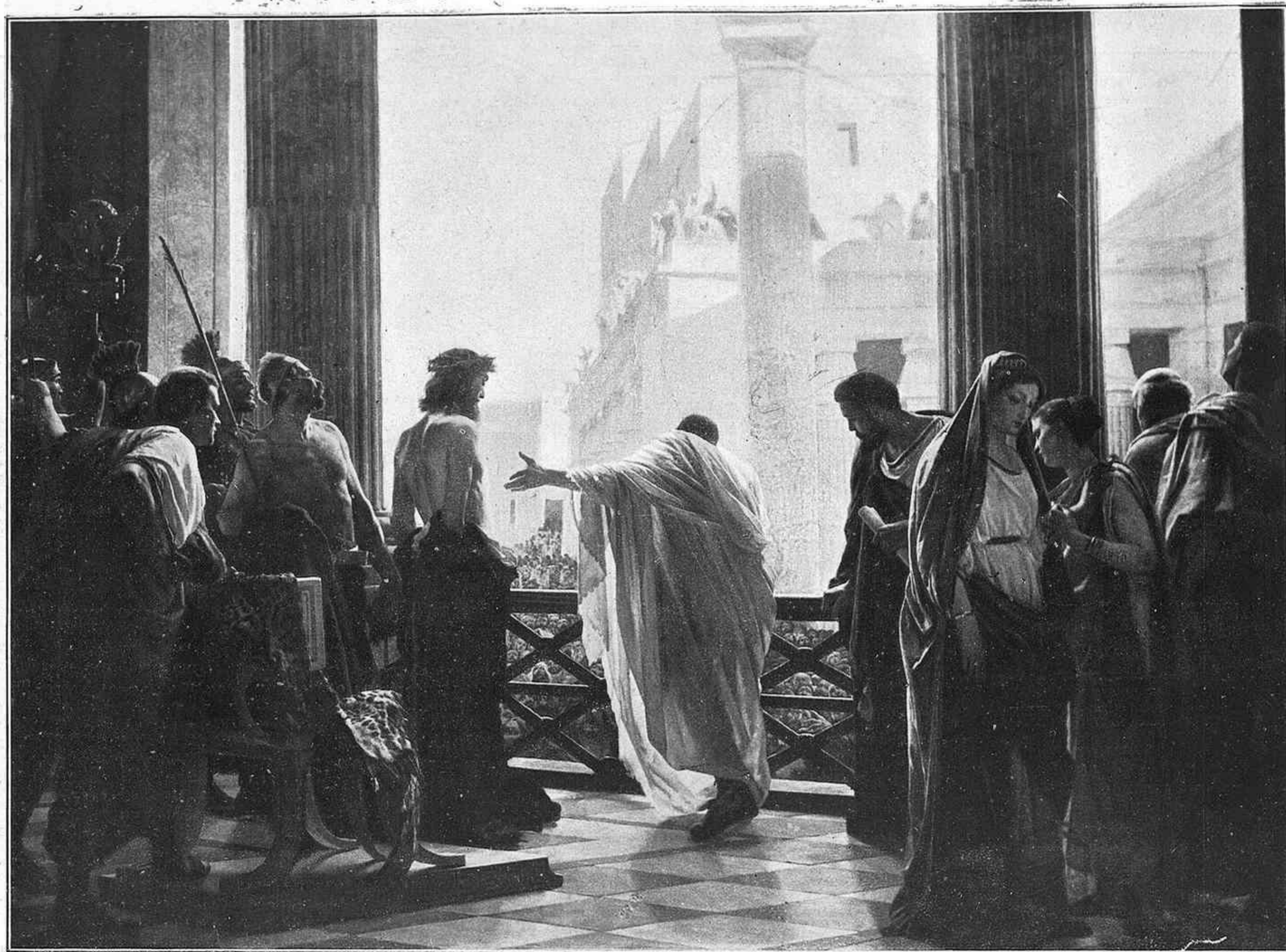
Puente sobre la confluencia del Danubio y el Sava que pone en comunicación a Belgrado, capital de Serbia, con Semlín, población húngara, y que ha sido volado por los serbios para dificultar la invasión de los ejércitos austriacos. (Fotografía de Rol.)

suponer, no satisfizo a Austria: Serbia se sometía a una buena parte de las exigencias contenidas en aquella; pero rechazaba otras, porque en realidad eran inaceptables para todo pueblo celoso de su dignidad nacional.

Como consecuencia de ello, retiráronse el ministro de Austria en Belgrado y el de Serbia en Viena, quedando rotas des-



Destacamentos austriacos tomando el tren que ha de conducirlos a la frontera. - Belgrado: manifestación en favor de la guerra contra Austria. (De fotografías de Carlos Delius.)



ECCE HOMO, cuadro de Antonio Ciseri. (Galería Nacional de Arte Moderno, de Roma.)

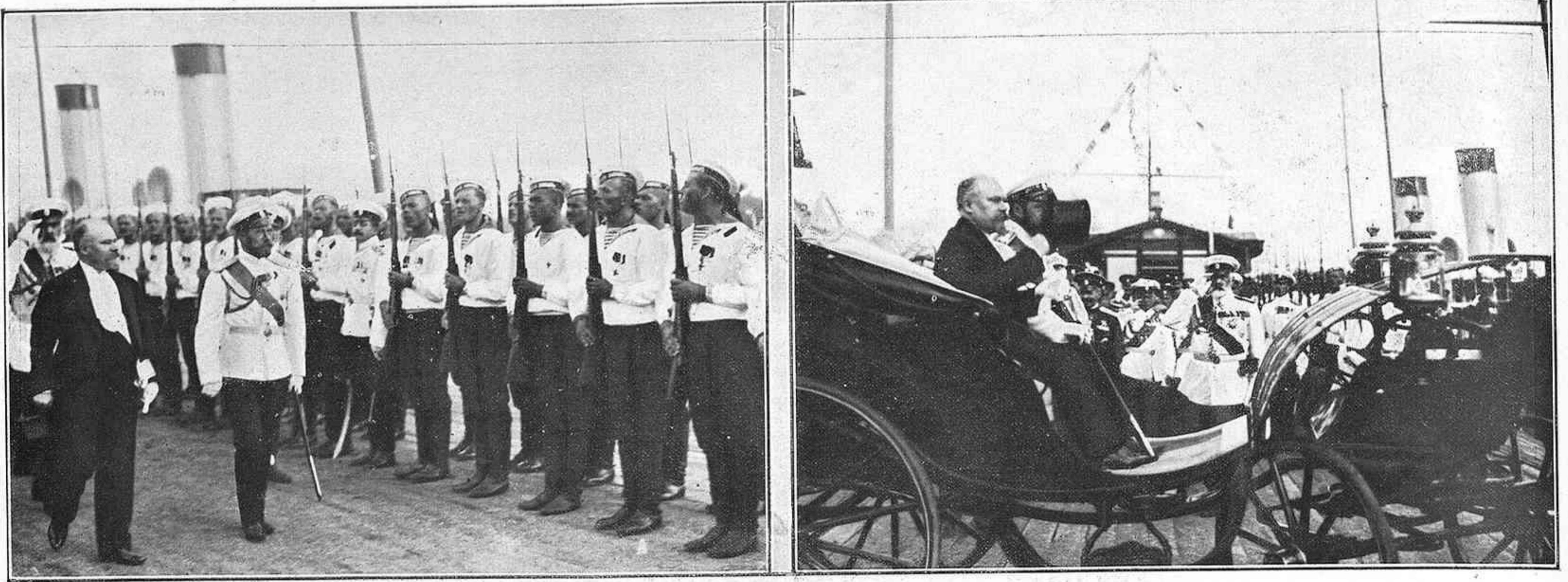


SALUTACION MATUTINA, cuadro de Roberto Bompiani. (Galería Nacional de Arte Moderno, de Roma.)
 (De fotografías de Vasari, remitidas por Carlos Abeniacar.)



CONVALECIENTE, cuadro de Walter Firlé

VIAJE DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA A RUSIA. (Fotografías de M. Branger.)



El Sr. Poincaré y el tsar Nicolás II revistando los marineros de la guardia. — El Sr. Poincaré y el tsar dirigiéndose al palacio de Peterhof

Dada la alianza existente entre Francia y Rusia, no es extraño que se haya dado gran importancia a la visita recientemente hecha por el Presidente de la República francesa Sr. Poincaré al tsar Nicolás II, tanto más cuanto que al Presidente le acompañó el jefe del gobierno y ministro de Negocios Extranjeros Sr. Viviani. El Sr. Poincaré embarcó en Dunkerque en el acorazado *France* y llegó a Cronstadt el día 20, siendo recibido en el yate imperial *Alexandra* por el tsar Nicolás II y acogido con aclamaciones entusiastas. Llegados al desembarcadero de Peterhof, el Sr. Poincaré y el tsar revistaron los marineros de la guardia, y luego, en un coche a la gran daumont, se dirigieron al palacio, en donde aquella misma tarde celebró un banquete al que asistió la familia imperial rusa y a cuyo final cruzáronse entre los dos jefes de Estado afectuosos brindis ensalzando la alianza de ambos países y haciendo votos por la prosperidad de las dos naciones.

A la mañana siguiente celebraron largas entrevistas el presidente con el tsar y el Sr. Viviani con el ministro

magnífica espada sobre la tumba del tsar Alejandro III; después recibió en la embajada a la colonia francesa y terminada la recepción, dirigióse al Palacio de Invierno, recibiendo allí a los miembros del Cuerpo Diplomático, a una delegación de la nobleza de San Petersburgo y a otra de la дума municipal. Luego visitó el hospital francés y de regreso en la embajada presi-



Desfile de los cosacos



La revista militar de Krasnoie Selo. — Desfile del regimiento de Preobrajenski

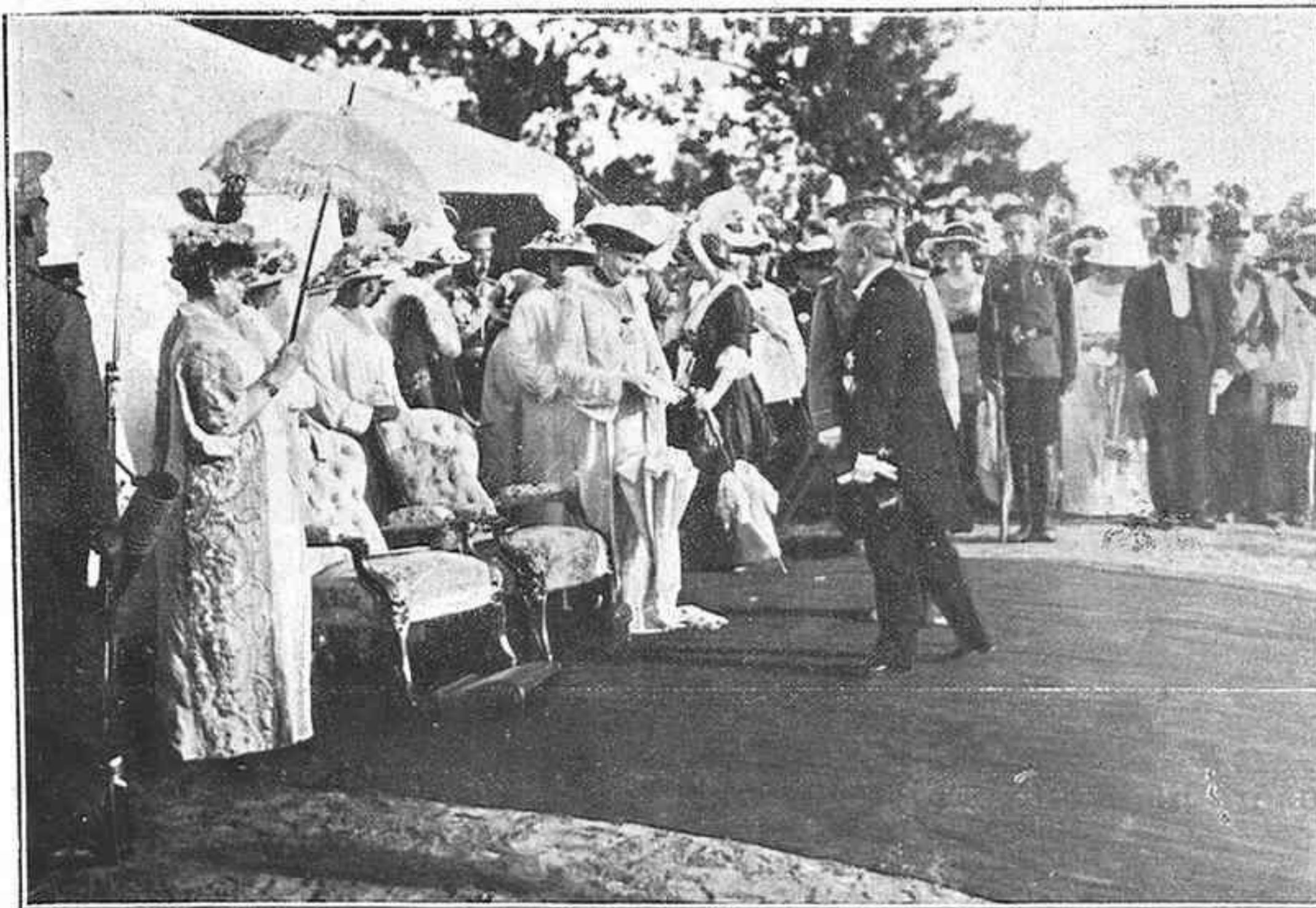
sidió el banquete que daba en honor de los ministros rusos y de los altos personajes de la corte.

El día 22, después de un almuerzo que se celebró en Peterhof en honor de los oficiales de la escuadra francesa, el emperador y el presidente dirigiéronse en un tren especial a Krasnoie Selo, siendo allí recibidos por el gran duque Nicolás, generalísimo del ejército ruso; y luego se encaminaron al campo de maniobras, asistiendo a la emocionante ceremonia de la oración de la tarde rezada por 60.000 hombres.

Al día siguiente, en el propio campo de Krasnoie Selo efectuóse la gran revista militar, terminada la cual los 60.000 soldados desfilaron por delante del tsar y del Sr. Poincaré. Por la noche, el Presidente de la Repú-

blica francesa dió en el acorazado *France* un banquete en honor del tsar, habiéndose cambiado, entre ambos, cordialísimos brindis. Poco después de terminado el banquete, el Sr. Poincaré despidióse del tsar y la división naval francesa hízose a la mar con rumbo a Estocolmo.

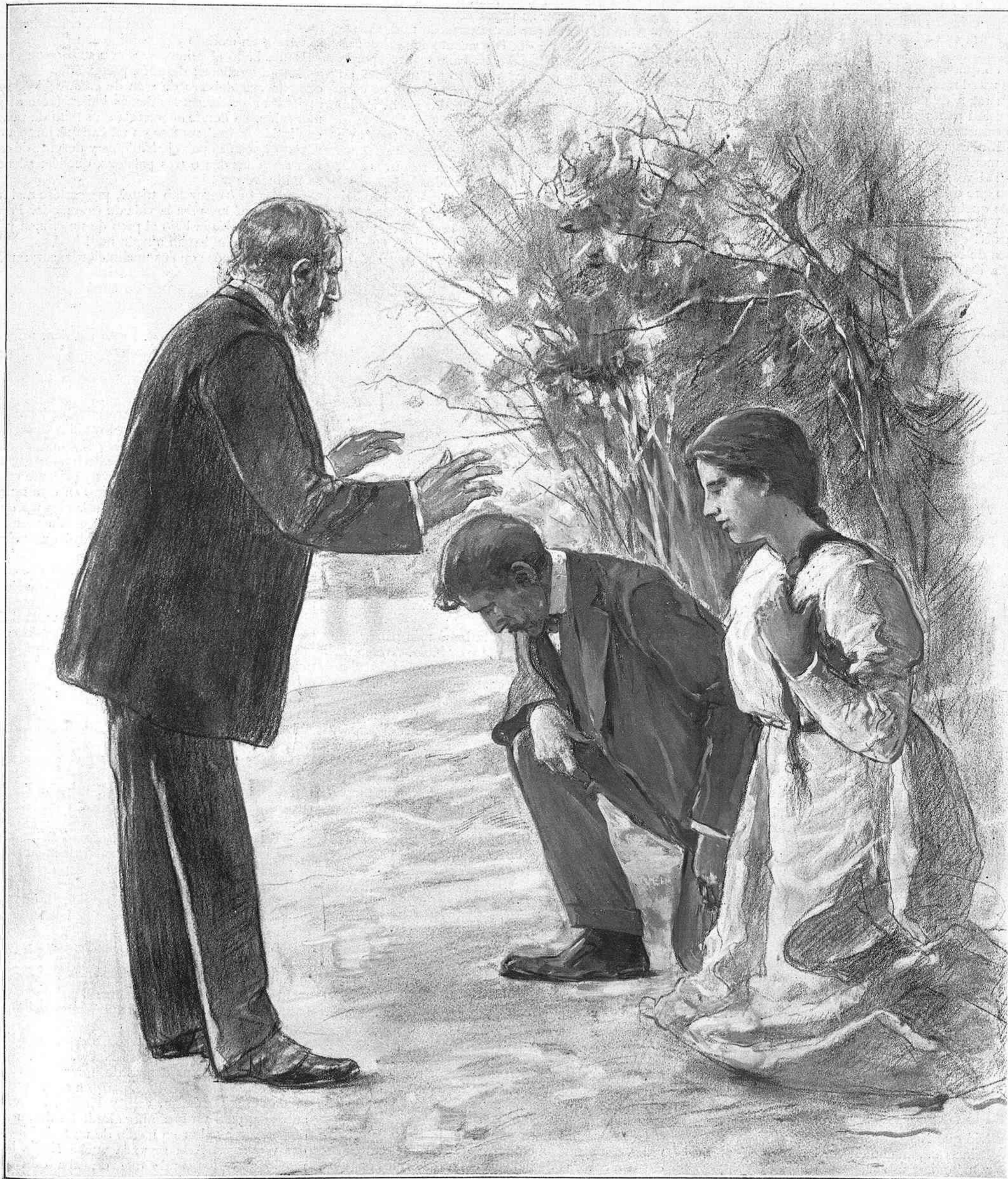
blica francesa dió en el acorazado *France* un banquete en honor del tsar, habiéndose cambiado, entre ambos, cordialísimos brindis. Poco después de terminado el banquete, el Sr. Poincaré despidióse del tsar y la división naval francesa hízose a la mar con rumbo a Estocolmo.



[El Sr. Poincaré saludando a la tsarina después de la revista de Krasnoie Selo. — El tsar presenciando el desfile de las tropas después de la revista

EL JURAMENTO DE NADIA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



... y ambos arrodilláronse ante el príncipe sobre la hierba de la ribera

- Pero, princesa, dijo Korzof; por ser rico soy el hombre que usted conoce. Precisamente esta fortuna es la que me ha dado los medios de adquirir la instrucción y las ideas generosas que me esfuerzo en desenvolver en mi espíritu. Pobre y obligado a luchar por la vida, ¿quién sabe si me hubiera ocupado nunca en la suerte de mis semejantes?

- La fortuna debe ser un medio, pero no un fin, respondió Nadia.

- ¡Pero si yo no me preocupo con enriquecerme!, ¡al contrario! ¡He gastado mucho dinero en cosas que no me han proporcionado más que alegrías morales o intelectuales!

- Eso no es bastante, le interrumpió la joven. En

ello hay siempre algo de egoísmo. Es preciso trabajar para los demás.

Korzof no contestó. Al cabo de un instante dijo contristado:

- Piensa usted demasiado en los demás, princesa, y nada en mí. Me he convencido de que no le inspiro a usted la más ligera simpatía.

Con un movimiento espontáneo, Nadia le tendió la mano diciéndole:

— ¡Oh!, ¡no crea usted eso!

Después ruborizóse retirando su mano. Su ojos se llenaron de ardientes lágrimas, y por la primera vez de su vida asaltóle la duda de que podía estar equivocada.

— ¿Qué es lo que exige usted de mí?, dijo Korzof trémulo de emoción.

Los dos estaban abatidos como después de un violento esfuerzo físico. La dificultad con que tropezaban para entenderse, pesaba sobre ellos como una montaña.

— Yo quisiera, dijo Nadia repentinamente, que no fuese usted rico. Ya comprendo que no puede usted resignarse a desprenderse de una fortuna que le sirve a usted para realizar buenas obras; pero yo he jurado casarme con un hombre pobre y...

— Ese es un juramento temerario, dijo Korzof dulcemente.

— Tal vez, respondió ella, volviendo un poco su rostro que estaba cubierto de rubor; pero existe y no puedo quebrantarlo.

— Y si yo diese mi fortuna a los pobres, ¿se casaría usted conmigo?, exclamó el joven cogiendo las manos de Nadia entre las suyas.

Ella iba a responder afirmativamente, pero detúvola otra idea.

— ¿Qué haría usted sin dinero?, ¿en qué emplearía usted sus ocios, no teniendo una vocación decidida? Además, comprenda usted que tampoco estoy dispuesta a casarme con un hombre que sea pobre en absoluto. Lo que yo quiero es que él mismo gane su subsistencia, que trabaje, en una palabra. ¡Esto es lo que usted no puede hacer!

— Entonces, replicó Korzof, no se casará usted nunca conmigo. Y dará usted su belleza, sus gustos refinados, sus aspiraciones generosas, a otro hombre que no sentirá por usted ni mi ardiente ternura ni mi respeto apasionado ni mi inquebrantable resolución de apartar siempre, ante su paso por el mundo, todas las luchas y sinsabores que pudieran dificultarla el camino. Ese hombre no solamente no podrá darla más que yo, sino que tendrá de menos en su favor, el no haber acariciado durante largo tiempo el deseo de ser digno de usted; pero como habrá tenido la dicha de nacer pobre, será el elegido; mientras que yo, lleno de amargura y desesperación, me iré a un extremo del mundo para gastar mi fortuna en fundaciones útiles que usted no me agradecerá siquiera. ¿Qué quiere usted que haga yo para gustarle? ¿Qué quiere usted que sea? ¿Albañil?, ¿cerrajero?, ¿maestro?

— No, dijo Nadia, indecisa, la verdad es que no sé lo que quiero.

— Pero sí sabe usted lo que no quiere. ¡Usted no me quiere!

Por un momento, herida por el tono amargo de Korzof, estuvo Nadia tentada de responderle duramente con un «no» definitivo; pero comprendiendo cuánto sufría, detuvo esta palabra cruel.

— Reflexione usted, le dijo con dulzura; hágame usted al menos la justicia de que obro de buena fe, y de que he pronunciado mi juramento impulsada por un sentimiento leal y sincero!.

— ¡Ah! ¡pobre ciega!, dijo Korzof tristemente, ¡las almas más nobles y elevadas son las que cometen los mayores errores!

— ¡Pero sólo se perjudican a sí mismas!

— ¿Olvida usted que yo la amo y que me causa un gran dolor?

Ella vaciló un instante; y fijando después en el joven una mirada franca y pura, le dijo:

— Si usted fuese pobre, si fuese uno de esos que trabajan por el engrandecimiento de la patria y el bien de la humanidad...

— ¿Quiere usted que vuelva otra vez a servir en el Ejército?

— No, Rusia tiene bastantes oficiales.

— Entonces, ¿me rechaza usted?

— Lo he jurado, dijo ella volviendo ligeramente el rostro.

El vió que Nadia estaba apenada.

— Princesa..., añadió en voz baja.

— ¿Qué quiere usted?

— Déme usted siquiera la mano como amiga.

Sin mirarle, Nadia presentóle su mano suave y delicada, que él estrechó calurosamente, retirándola ella en seguida, sin pronunciar una palabra ni dirigirle una mirada.

Al llegar al centro del parterre, Nadia encontró con su dama de compañía, que iba a su encuentro, y juntas tomaron el camino de la villa; mientras que Korzof, que se había quedado inmóvil en el mismo sitio, las seguía con los ojos, meditando profundamente.

Transcurrieron dos días. El príncipe tenía, de cuando en cuando, accesos de mal humor. El tiempo no podía ser más hermoso. El gran salón y la terraza veíanse llenos de visitantes, que afluían de todas partes. El piano oíase constantemente, ya tocado por Nadia, o por alguna otra joven; pero la princesa, al cumplir sus deberes de hospitalidad, con la gracia serena que era en ella tan característica, mostrábase más grave que de costumbre. Roubine, al verla tan seria y tan silenciosa, a menudo, a duras penas podía contener su impaciencia.

— Abre de par en par las puertas de nuestros salones, Nadia, dijo un día con acento imperioso; es preciso divertirse; debes dar un baile mañana por la noche. Esta casa está más triste que un alma en pena. Porque tú quieras meterte monja no es cosa de que yo también tome el velo. Yo no he hecho ningún voto.

Roubine hablaba en un tono burlón, a través de cuya aparente ligereza transparentábase una gran amargura. Su hija le miró con aire de reconvención, ante el cual él se hizo el desentendido.

— ¿A quién vas a invitar? Quiero que aquí se baile; quiero alegría, bullicio; ¡qué demonio!

Nadia sentóse ante su secreter, sacando de un cajón varias cartulinas de vitela, escribiendo en ellas algunas palabras. Su padre, silencioso, se sentó en frente de ella y puso las direcciones. Cuando hubo llenado una veintena de cartulinas, Roubine tocó el timbre entregándoselas al criado que se presentó.

— ¿Has invitado a Korzof?, preguntó el príncipe volviéndose hacia su hija.

— Se me ha olvidado, respondió ella ruborizándose.

— No importa; yo mismo iré a invitarle.

El príncipe cogió su sombrero y salió. Cuando se hubo quedado sola, Nadia, apoyando la cabeza en sus manos, se puso a reflexionar. A poco, vió caer una gota brillante sobre el papel que estaba encima de la mesa y, llevándose el pañuelo a los ojos, se dió cuenta de que lloraba.

¿De qué servían la altivez, el orgullo, la dignidad, la santidad de los juramentos si no podía contener el curso de sus lágrimas? Nadia lloraba amargamente con el ímpetu con que se llora cuando se ha luchado para no llorar durante mucho tiempo. Viendo que no era dueña de reprimir la extraña efusión de aquella pena innominada, casi desconocida para ella, subió a su cuarto y echóse sobre su *chaise-longue* luchando por apaciguarla.

Cuando su padre volvió la halló más pálida que de costumbre, pero sonriente y cariñosa. Avergonzado de la manera un poco ruda con que acababa de hablarla, abrazóla tiernamente y empezó a contarla el resultado de sus peregrinaciones.

— He estado en casa de Lapoutine, es un muchacho muy fastidioso, pero tiene excelentes cigarros y muy buen corazón. Está enamorado de ti, Nadia. ¿Te casarías con él? ¿No? ¡Muy bien hecho! Un yerno así me haría morir de puro bostezar. Después fui a ver a Norof; es muy divertido; le cuélgala una anécdota al lucero del alba; pero si uno tuviera que creer en sus palabras, la sociedad no sería más que una madriguera de bandidos. Me he encontrado más tarde a Lesghief; los tres vendrán. También fui a ver a Korzof, pero no estaba en su casa. Su ayuda de cámara me ha dicho que estaba en San Petersburgo, y que no volvería hasta esta noche o mañana por la mañana. Le he puesto un telegrama. Es preciso que venga porque sin él no hay diversión completa.

Roubine miraba de soslayo el rostro de su hija, que se había puesto de pronto muy pensativa.

— ¿Te han contestado?, dijo el príncipe.

— Sí; todos vendrán.

— Perfectamente. Haz por lucirte.

— No tengas cuidado, papá.

Al día siguiente, a las ocho y media de la noche, Nadia bajó al gran salón dispuesta a recibir a sus invitados. Según la promesa hecha a su padre «se había lucido», y Roubine, encantado, le demostró vivamente su satisfacción.

Grandes guirnalda pendían a lo largo de las paredes, semejantes a columnas de verdura, entrelazadas con coronas de bellísimas flores. En los ángulos veíanse plantas, de un verde brillante y sombrío, y por todas partes, colocados en lo alto, había grandes candelabros cargados de bujías, que ardían como antorchas en aquel ambiente apacible. La terraza, completamente cerrada por cortinas de lona, ostentaba una decoración análoga; en un ángulo un vasto aparador, atestado de plata y cristalería, brillaba como un áscua, y mesitas llenas de refrescos estaban esparcidas por toda la terraza.

A la entrada del salón, Nadia recibía a sus invitados, que llegaban por grupos. Únicamente en esas

residencias veraniegas de Rusia es donde, sólo en veinticuatro horas, pueden reunirse sesenta u ochenta invitados de lo más selecto de la sociedad. Nadia recibía con exquisita gracia, sonriendo a las jóvenes con una benevolencia casi maternal, tratando a las señoras ancianas con filial deferencia, y teniendo para cada uno una frase amable, y un cumplido apropiado a la persona a quien se dirigía.

La gente joven bailaba en el gran salón; en la veranda las mamás y los generales viejos jugaban a las cartas, repartidos en numerosas mesitas, las cuales, iluminadas cada una por dos bujías, comunicaban a la terraza un extraño y pintoresco aspecto.

Nadia bailó el primer vals con uno de sus más asiduos adoradores; después, pretextando tener que cumplir sus deberes de ama de casa, dejó que sus invitados organizaran los demás bailes, fué al primer salón, en donde acometida de súbito de una inexplicable laxitud, sentóse en un canapé, junto a dos señoras ancianas poco habladoras y después de cambiar con ellas dos o tres palabras, quedóse silenciosa un breve rato.

— ¿Por qué estoy tan triste?, preguntóse a sí misma. ¿Por qué me pesa la vida de este modo? Parece que estoy agobiada bajo el peso de un crimen y, sin embargo, ¡no he hecho ningún mal!

Nadia abismóse en sus meditaciones, sorprendida de encontrarse cada vez más triste y abatida, hasta que el apuesto ayudante de campo, inclinándose ante ella y haciendo sonar sus espuelas, fué a sacarla de su ensimismamiento.

— Me ha prometido usted este rigodón, princesa, dijo con su más amable sonrisa.

«¿Ya?», estuvo a punto de decir Nadia.

Pero se contuvo y aceptó el brazo que se arqueaba ante ella.

La contradanza parecióle interminable y la verbosidad de su caballero llenábala los oídos de un ruido confuso; Nadia hacía lo posible por contestar atinadamente, pero como que su caballero no se escuchaba más que a sí mismo, no era muy exigente con las respuestas. Pero todo tiene término en este mundo; hasta las contradanzas que alargan las figuras de cotillón; y después de media hora aproximadamente, Nadia, libre ya de su compañero, oyó que un reloj daba las once.

— ¡No vendrá!, díjose Nadia admirada de sentirse más sola y aislada que nunca, en medio de aquel mundo brillante y superficial.

De pronto levantó los ojos y, en el umbral de la puerta, vió a Dmitri Korzof que acababa de entrar.

Una oleada de alegría pareció llegar hasta ella; a una palabra que le dijo una amiga al pasar, contestó con una salida de tono que hizo desternillar de risa a los que la oyeron; después, involuntariamente, dió un paso hacia la puerta.

Dmitri Korzof avanzó hacia ella con el rostro muy tranquilo, pero en sus ojos brillaba una secreta alegría. Tendió su mano a Nadia, la cual rozóla rápidamente con sus enguantados dedos, pero en este apretón de manos, sintió ella que en el pecho del joven se albergaba la confianza y la dicha, corroborándolo al mismo tiempo el timbre de su voz.

— Está esto muy animado, exclamó él.

— Cierto. Ya echábamos a usted de menos.

— Hace un momento que he llegado de San Petersburgo.

En este instante paso Roubine junto a ellos.

— ¿No ha podido usted venir a la hora de comer?, dijo haciéndose el enfadado.

— Me ha sido imposible, príncipe. Crea usted que lo he sentido mucho.

Nadia pensó que Korzof no tenía en aquel momento el aspecto de estar apenado por nada, y unos extraños e irreflexivos celos apoderáronse de pronto de ella.

«¡Está demasiado contento, después de haberle negado yo mi mano!», pensó Nadia.

Unos irresistibles deseos de llorar acometiéronla de pronto y trató de huir, pero en aquel momento la orquesta tocaba un vals, y Korzof, inclinándose ante ella, pasó un brazo por alrededor de su talle, y empezaron a valsar en medio de un torbellino de sedas y encajes. A la segunda vuelta Nadia hizo un movimiento, indicando que deseaba descansar, y Korzof la condujo hasta un pequeño canapé colocado entre dos puertas; ella sentóse y él permaneció de pie a su lado.

— No he perdido el tiempo en San Petersburgo, dijo él sonriendo.

— ¿De veras?, respondió Nadia con aire de duda.

— Mañana ya se lo contaré a usted todo, es decir, mejor será pasado mañana; porque mañana estará usted demasiado fatigada para poder escucharme.

— Como usted quiera.

Sin darse cuenta, Nadia empezaba a contagiarse

de la alegría y del júbilo de Korzof, arrepintiéndose de sus ridículas suposiciones de antes.

— ¿Qué le parecería a usted un paseo en yate para variar un poco sus distracciones?, continuó él jugueteando con el abanico que la joven le había dejado coger.

— ¿Por qué no? Pero ¿a dónde?

Roubine se había detenido ante ellos y los miraba muy complaciente. Al oír la pregunta de su hija exclamó:

— ¿A dónde? A nuestra casa de campo de Spask. Precisamente está situada a la orilla del Neva, cerca del lago Ladoga, y para ir a ella en coche desde aquí es el cuento de nunca acabar; pero en yate la excursión será deliciosa; y puede hacerse en menos de un día. ¿Te parece bien, Nadia?

— Muy bien, papá.

— Entonces, ¿cuándo nos vamos?

— Pasado mañana, a las diez, ¿no te parece?

— Perfectamente. ¿Estarás dispuesta, Nadia?

— ¿Acaso no lo estoy siempre?, repuso ésta con una alegre sonrisa, que por vez primera, desde hacía muchos días, apareció en su lindo rostro.

La fiesta estaba en todo su apogeo y Korzof parecía tan dichoso como si todo le saliese a medida de sus deseos. Nadia, influida por el vivo júbilo que reinaba a su alrededor, dejóse vencer por cierta alegría misteriosa que penetraba dulcemente en su alma.

— ¿Para qué, preguntó a sí misma, hemos de pedir al destino más de lo que puede darnos? Hoy nos ha dado ya lo suyo; veremos lo que nos da mañana.

Pero el mañana no trajo nada consigo; el día transcurrió muy parecido a todos los demás, no diferenciándose más que en los pequeños preparativos que se hacían para el viaje del día siguiente, que debía prolongarse unos cuantos días, pues a Roubine no le gustaba molestarse por nada y quería examinar sus posesiones detenidamente. Al anochecer, Korzof mandó a preguntar si continuaban pensando lo mismo respecto a la proyectada excursión, recibiendo por conducto de su ayuda de cámara una respuesta afirmativa.

A las diez en punto de la mañana Nadia y su padre aparecieron sobre el dique donde estaba atracado el lindo yate. Korzof los esperaba en el puente, y ellos atravesaron el tablón, que fué retirado inmediatamente. En el acto el esbelto y elegante navío partió hacia San Petersburgo, dejando que se confundiesen tras sí, en la ondas espumosas, el reflejo de las bellísimas florestas de Peterhof.

El día era espléndido; un toldo de lona llenaba de grata sombra la popa del navío y los pasajeros permanecieron sobre el puente para admirar a su sabor las villas que bordeaban la orilla. Detrás de ellos y a su izquierda, la pesada masa de granito de Cronstadt parecía sepultarse en el mar como un enorme buque de guerra, coronado de varias torrecillas; los mástiles de los navíos refugiados en el puerto descolaban por encima, elegantes y gráciles. Todo esto se perdió bien pronto en el horizonte, siendo reemplazado por las verdes islas del Neva donde los miembros de la sociedad petersburguesa, que no quieren exponerse a un largo y fatigoso viaje para ir a sus tierras durante el verano, alquilan mientras la temporada fastuosas casas de campo.

Los palacios, pertenecientes a individuos de la familia imperial o a particulares ricos, elévanse en medio de la vegetación; y los múltiples brazos del inmenso río desaparecen y reaparecen al través de las sinuosidades del terreno, como minúsculos lagos de plata. El agua era azul, sembrada de brillantes partículas; la arena de la ribera, amarilla con reflejos de oro; de cuando en cuando se descubría un rincón solitario, que parecía no haber sido pisado por nadie, o un grupo de sombríos abetos, que evocaba la idea de climas glaciales, pero, pocos momentos después, el fresco matiz de los tilos y de los frágiles abedules, eran un reposo para la vista fatigada.

De improviso, surgieron, del seno de este océano de verdura, las doradas cúpulas de San Petersburgo que apareció armado, tal como Minerva al salir del cerebro de Júpiter. La gran cúpula de la catedral de Isaac descollaba con su masa enorme sobre el vario conjunto de campanarios y palacios, mientras que las dos flechas rivales de la fortaleza y del Almirantazgo erguíanse hacia el cielo como dos agujas de oro. El yate deslizóse en medio del alegre tumulto de los barquichuelos y veleros esquifes pintados de verde claro, con ojos gigantes que simulan en la proa una cabeza de pez; barcas, que a pesar de su frágil apariencia no pueden ser más sólidas y que en San Petersburgo reemplazan a los puentes, que son muy raros.

A ambas orillas los monumentos sucedíanse sin

cesar; a la izquierda, después de la fortaleza, venía la masa oscura del parque Alejandro; luego, la casita de madera que Pedro el Grande habitaba, mientras que la villa naciente iba alzándose ante sus ojos, y más allá las interminables columnitas de la Academia de Medicina y de la Escuela de Artillería, sobre las que descollaban en el ambiente plácido y transparente, las chimeneas de las fábricas que pueblan aquella orilla. A la derecha, remontando el curso del río, veíanse los suntuosos palacios que, continuando la línea del Palacio de Invierno y de la Ermita, hacen de aquel barrio uno de los espectáculos más curiosos del mundo civilizado.

Continuaban recreando los ojos la numerosa serie de palacios de mármol y de piedra, el Jardín de Verano, rodeado de canales, más palacios aun; y en el fondo, resaltando por encima de todo esto, cien cúpulas de diversos colores; unas que relumbraban como corazas; otras, de estaño, resplandecientes como la plata; otras, verdes y azules, sembradas de estrellas, revistiendo formas extrañas y caprichosas; todas llenas de campanas, cuyos sonidos poderosos hacían retremblar el suelo la víspera de las grandes solemnidades.

Al llegar a cierto paraje, el cauce del río estrechábase; a la izquierda hacíanse más raros los edificios; los jardines bañaban los troncos de sus árboles en el agua, que corría más viva y presurosa; el convento de Smolna elevaba a la derecha de los viajeros su campanario alto y puntiagudo; la masa enorme e imponente del convento de monjes, colocado bajo el patronato de San Alejandro Nevsky, apareció a su vez, perdiéndose después en la perspectiva como si girase sobre sí mismo, y las casas desaparecieron. Únicamente las fábricas continuaron sacando del pródigo río la fuerza motriz y el agua de que estaban necesitadas. A la izquierda la Naturaleza recobraba sus derechos, y las vastas llanuras y las desiertas riberas, sembradas raramente de juncos, parecían pertenecer a un país lejano.

Como que en aquel momento el viaje ofrecía ya muy poco interés, Korzof rogó a sus huéspedes que bajasen al comedor donde los esperaba un suculento almuerzo. Korzof desempeñaba su papel de amo de casa a las mil maravillas. Nada en su aspecto revelaba ninguna clase de preocupaciones ni inquietudes. Sus ojos posábanse en Nadia, con tan viva expresión de júbilo, que varias veces la joven preguntóse llena de zozobra y de recelo, si a causa de algún descuido o mala interpretación había ella dado a Korzof alguna esperanza. Pero no; nada atestiguaba en su aspecto la alegría de un hombre que se cree próximo a la victoria. La joven decidióse a esperar pacientemente la revelación de aquel enigma.

De pronto en el horizonte dibujóse un espeso macizo de tilos.

— ¡Eso es Spask!, exclamó el príncipe entusiasmado. ¡Qué hermosos son los tilos de mi abuelo, ¿verdad Korzof?

— ¡Y enormes! ¡Como que dominan todo el paisaje! ¿Cuánto tiempo tienen?

— Unos ochenta años. Era mi abuelo muy joven cuando fueron plantados. Dime, Nadia, ¿no crees que no es tan tonto como parece el plantar tilos? Se me figura que tiene su utilidad práctica, sin que esto sea censurar a la juventud moderna, que no sólo no planta árboles sino que se ocupa en quemar los que nuestros antepasados cultivaron con tanto esmero.

Nadia no respondió, contentándose con sonreír; y Korzof la miraba con una confianza tan dulce y tan amistosa, que le quitaron las ganas de contestar a las burlas de su padre.

El yate llegó a un antiguo embarcadero carcomido, cuyas vigas, verdosas a causa de la humedad, y ennegrecidas por el tiempo, tenían un bello color de bronce viejo. Roubine y su hija salieron del buque, y pisaron la orilla, donde los esperaba una diputación de campesinos, capitaneada por el estarosta o decano.

Korzof siguiólos después de haber dado algunas órdenes, y el lindo yate echó el ancla en aquel agua cuya serenidad no se veía turbada nunca y donde los peces, momentáneamente asustados, volvieron a emprender sus giros alrededor de las viejas vigas.

— Va usted a vivir en una casa muy rara; se lo prevengo, Korzof; si es usted amigo de la comodidad vale más que duerma a bordo de su buque. Esta casucha fué construída por mi abuelo, que no quería alejarse de la corte; es de la época de la emperatriz Catalina, como casi todas las casas de campo que están en esta parte del país.

Korzof movió los hombros con gesto indiferente y se dispuso a seguirlos. Entraron en un jardín antiguo, cercado de empalizadas, cuyas alamedas principales habían sido pavimentadas de ladrillos, para mantener el suelo en declive en la época del deshi-

lo. Grandes macizos de lilas y de jeringuillas llegaban hasta los sotos, formados por los retoños de los viejos troncos cercenados hasta al ras del suelo, pero cuyas raíces habían subsistido en la tierra. En el fondo del jardín, sobre una pequeña eminencia, levantábase la antigua casa de madera, todavía sólida; el color amarillo con que fué pintarrajeada, había sido reemplazado por la pátina del tiempo y apenas si se dejaba ver de trecho en trecho.

— Aquí no encontrará usted lujo, Korzof; se lo repito; usted que tiene un yate con ensambladuras de limoncillo.

— He renunciado al lujo, respondió el joven mirando a Nadia con aquella sonrisa enigmática que se había hecho perenne en él. Hablando seriamente, príncipe, he hecho voto de pobreza. Si este techo patriarcal y modesto me oye y me es propicio, yo le bendeciré.

Nadia bajó los ojos al suelo. El la siguió y los tres entraron en la antigua morada, en tanto que los campesinos que los habían escoltado de lejos, respetuosamente, permanecían afuera, con la cabeza descubierta.

IV

A la mañana siguiente Korzof se despertó muy temprano; su habitación caía sobre un viejo parterre en donde las antiquísimas alamedas, trazadas por un Le Notre del terruño, destacábanse todavía invisibles entre los macizos de boj centenario. Korzof se levantó, se vistió sin apresurarse mucho y bajó al jardín.

Todo era allí viejo y carcomido; los troncos de los enormes tilos tenían, a pesar de su robustez, un aspecto frágil y húmedo debido al musgo que se criaba en sus cortezas.

El actual jardinero esforzábese inútilmente por limpiar las alamedas, pero la hierba seguía creciendo siempre en ellas; a pesar de lo cual nada de aquello tenía un aspecto triste; el soplo eternamente joven de la Naturaleza flotaba por encima de la antigua casa, del viejo parterre, del laberinto hecho a la moda de pretéritos tiempos, de las hierbas parásitas, y las flores veraniegas daban todos los años a aquel dominio, casi abandonado, una vida nueva y jubilosa.

El sol había rasgado la bruma, y una leve cortina de gasa gris parecía estar suspendida en la parte más baja del horizonte; pero muy pronto el sol traspasando aquella frágil barrera, coloreó con sus rayos las cimas de los árboles. El calor era intenso, pero estaba repartido con tanta igualdad en la atmósfera que podía soportarse casi sin fatiga. El agua azul reverberaba al través de las ramas, al pie del jardín, con destellos de un brillo extraordinario.

Korzof tomó maquinalmente por una alameda que conducía a la orilla del río.

Al poner la mano en el pestillo de la puerta de la verja que cerraba el jardín se detuvo estupefacto.

Había en Spask una persona que había madrugado más que él.

Nadia, sentada en el banco de madera del embarcadero, contemplaba distraídamente cómo corría el agua a sus pies. Su rostro estaba oculto bajo un gran sombrero de paja, adornado con una cinta de terciopelo negro, y al ver su cabellera inclinada hacia el suelo, Korzof comprendió que estaba pensativa y quizás triste. Por un instante, vaciló en acercarse a ella temiendo ser indiscreto; pero Nadia, que había oído el ruido de la puerta al girar sobre sus goznes, saludóle con un gentil gesto de amistad...

Korzof cruzó entonces el puentecillo que se bamboleaba bajo sus pisadas, encontrándose a poco al lado de la joven.

— Aquí se está muy bien, ¿no es cierto?, preguntó ella, ciñéndose la falda para dejarle sitio. Dentro de una hora no se podrá estar, pero mientras el sol esté oculto detrás de los tilos el fresco es delicioso.

En efecto, aquel paraje no podía ser más encantador: el Neva describía allí un recodo, de manera que presentaba la apariencia de un lago, cerrado por todas partes por verdes orillas; los olmos y los juncos, de la orilla opuesta, contribuían a formar esta ilusión.

La gran masa de los árboles del jardín arrojaba sobre la ribera y sobre el río su sombra, rasgada de cuando en cuando por rayos dorados, que deslizándose como flechas al través de los huecos de aquel sombrío macizo, hacían relucir al sol las olas inquietas y bulliciosas, impulsadas por un viento ligero.

En las orillas, el agua mostrábase más tranquila; como la profundidad era menor en aquella pequeña ensenada, adquiriría el reposo y la transparencia de un estanque.

(Se continuará.)

PARÍS. — EL PROCESO
DE LA SEÑORA DE CAILLAUX

En el número 1.683 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dimos cuenta de lo que se denominó «la tragedia de *Le Figaro*», es decir, del crimen perpetrado por la esposa del entonces ministro de Hacienda señor Caillaux contra el ilustre periodista Gastón Calmette, director de aquel importante diario parisiense, que falleció a consecuencia de las heridas producidas por los disparos de revólver que le hizo dicha señora.

Recientemente se ha visto el proceso con tal motivo instruido y bien puede decirse que pocos procesos han despertado el interés que éste no sólo en París, sino también en toda Francia y aun fuera de ella.

Desde un principio, temióse que la pasión política prevalecería sobre los dictados de la justicia; y estos temores no estaban del todo destituidos de fundamento, pues al fin y al cabo se trataba de la esposa del hombre tal vez más influyente hoy en día de Francia y de

quien se supone que, aun no figurando en el gobierno, es el verdadero inspirador de éste y el que, en el fondo, rige los destinos de su país. No faltaban, sin embargo, quienes confiaran en el triunfo de la justicia, entendiéndolo que ningún jurado, ningún tribunal, podría substraerse a la corriente de opinión que exigía que no quedara impune un hecho que reves-

tía todas las circunstancias de un asesinato cometido con toda premeditación.

La realidad ha venido a dar la razón a los primeros: en efecto, sometidas al jurado las preguntas «La señora de Caillaux, ¿es culpable de haber cometido en París, el 18 de marzo, un homicidio en la perso-

haber negado la premeditación; pero no se concibe que hayan negado el homicidio que hasta la misma señora de Caillaux ha reconocido, aunque negando que su intención fuera matar al Sr. Calmette.

Por otra parte, el presidente del Tribunal ha demostrado en el curso de los debates una verdadera parcialidad, mostrándose complaciente con la acusada, con su esposo y con todos los testigos de descargo, y manifestando, en cambio, una severidad excesiva con todos los testigos de la parte civil, incluso con la señora de Gueydan, la primera esposa del señor Caillaux, que padeció un verdadero calvario durante su declaración en una de las sesiones.

REVISTA NAVAL
DE SPITHEAD

El día 20 de julio último el rey Jorge V de Inglaterra revistó en la bahía de Spithead la escuadra más poderosa que se ha visto reunida de mucho tiempo a esta parte. Componíase de más de 200 buques y entre ellos figuraban 55 acorazados de escuadra, 4 grandes cruceros de combate, 20 cruceros protegidos de primera, 45 cruceros

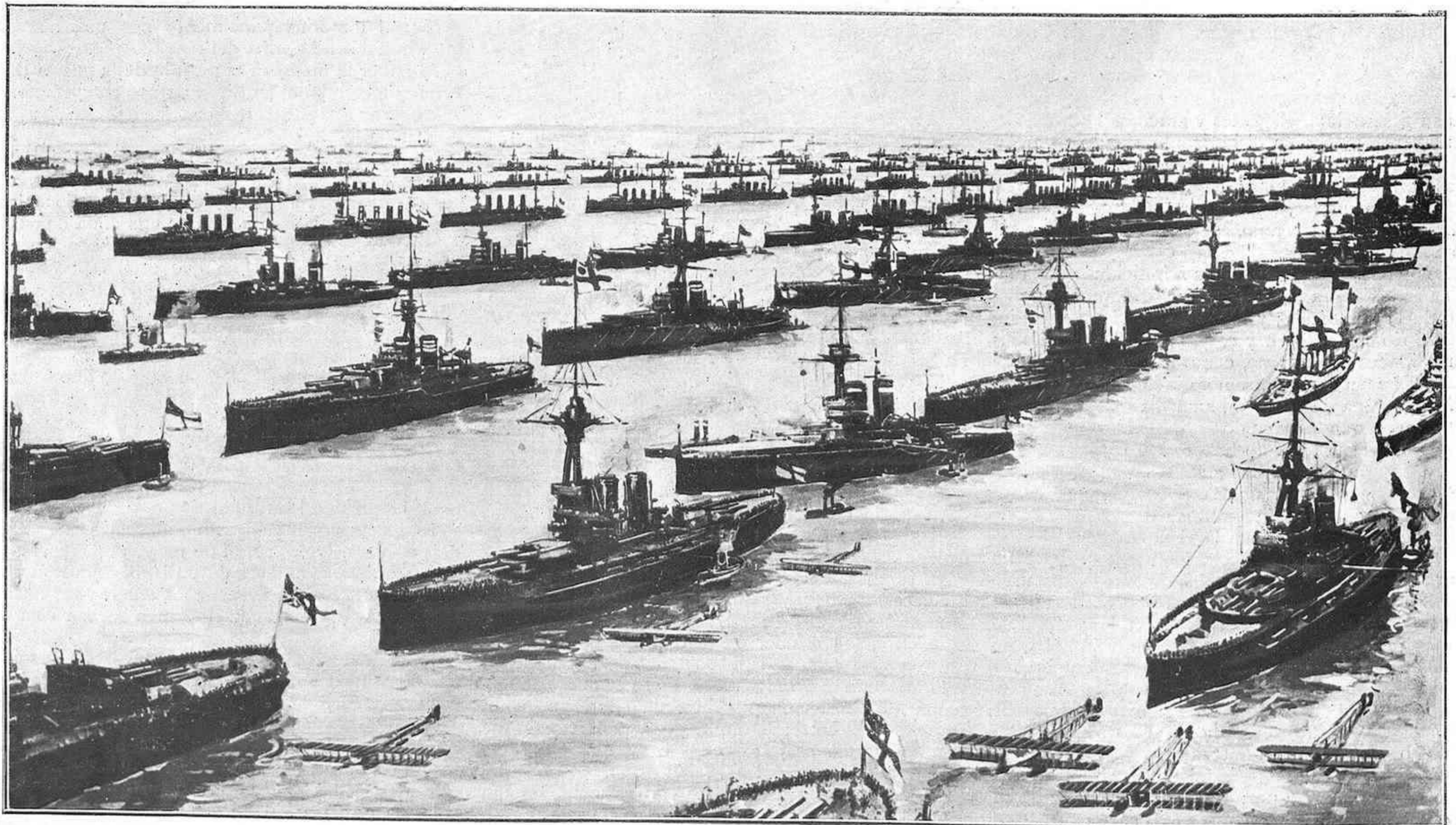
de segunda y tercera, 187 destructores y 59 submarinos.

El rey salió de Portsmouth a bordo del yate *Victoria and Albert* y cuando llegó a la rada de Spithead la escuadra se puso en movimiento en orden de batalla desfilando por delante de aquél. El espectáculo revistió una grandiosidad superior a toda ponderación.



París. El proceso de la señora de Caillaux. — Vista de la sala en el momento de declarar la señora Gueydan (1), primera esposa del Sr. Caillaux. En la barra se ve a la procesada (2) y debajo, a su defensor el abogado Labori (3). (Fot. Photo-Hispania.)

na del Sr. Calmette?» y «Este acto, ¿fue cometido con premeditación?», aquél las contestó negativamente, con lo cual quedó absuelta la matadora del infortunado director de *Le Figaro*, que fue puesta inmediatamente en libertad. El veredicto del jurado ha sido comentadísimo, pues si los jueces de hecho querían mostrarse benévolos con la acusada, podían

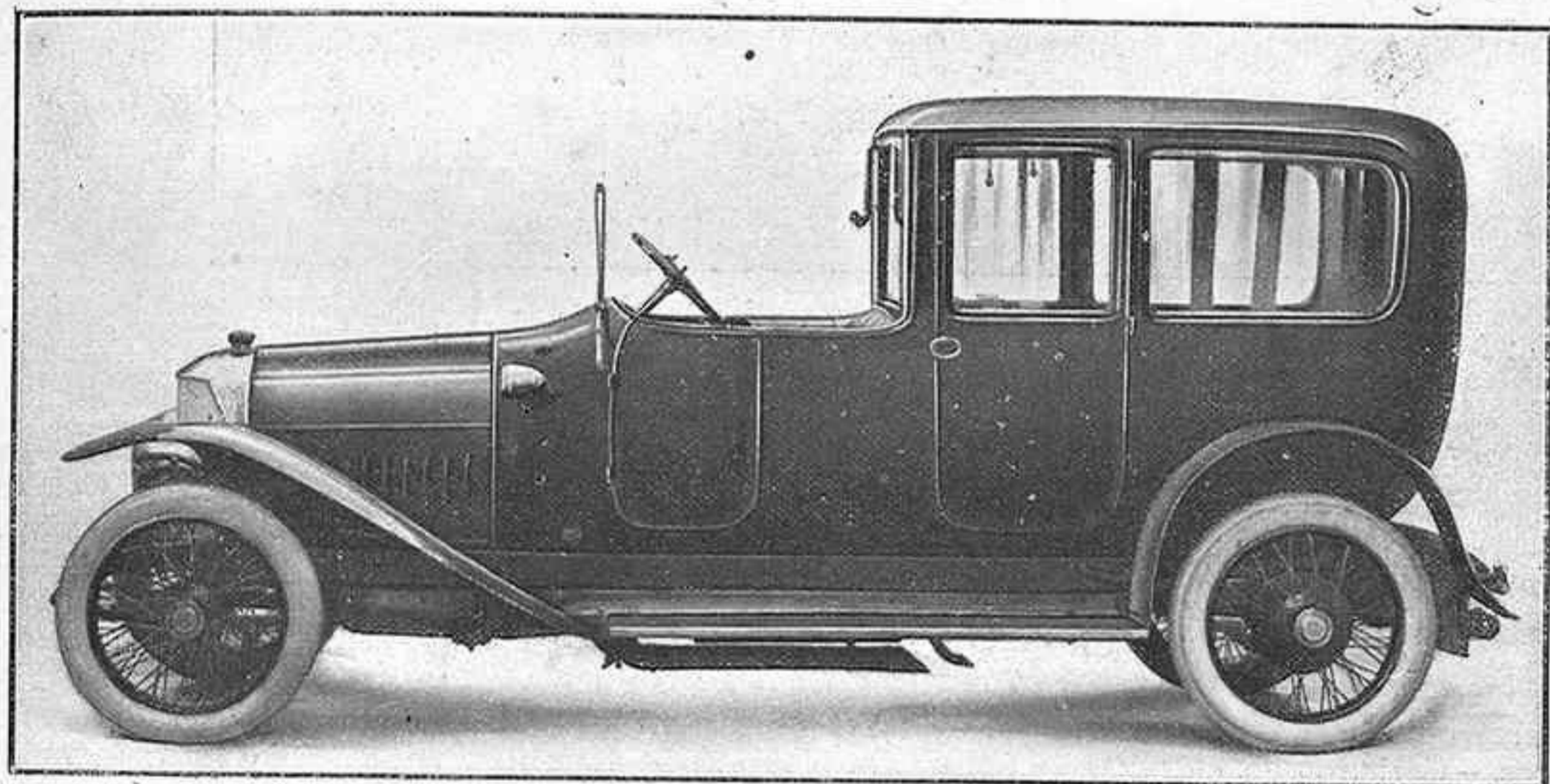


La gran revista naval de Spithead que ha pasado recientemente el rey Jorge V de Inglaterra y en la que figuraron más de doscientos buques de guerra de todas clases. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

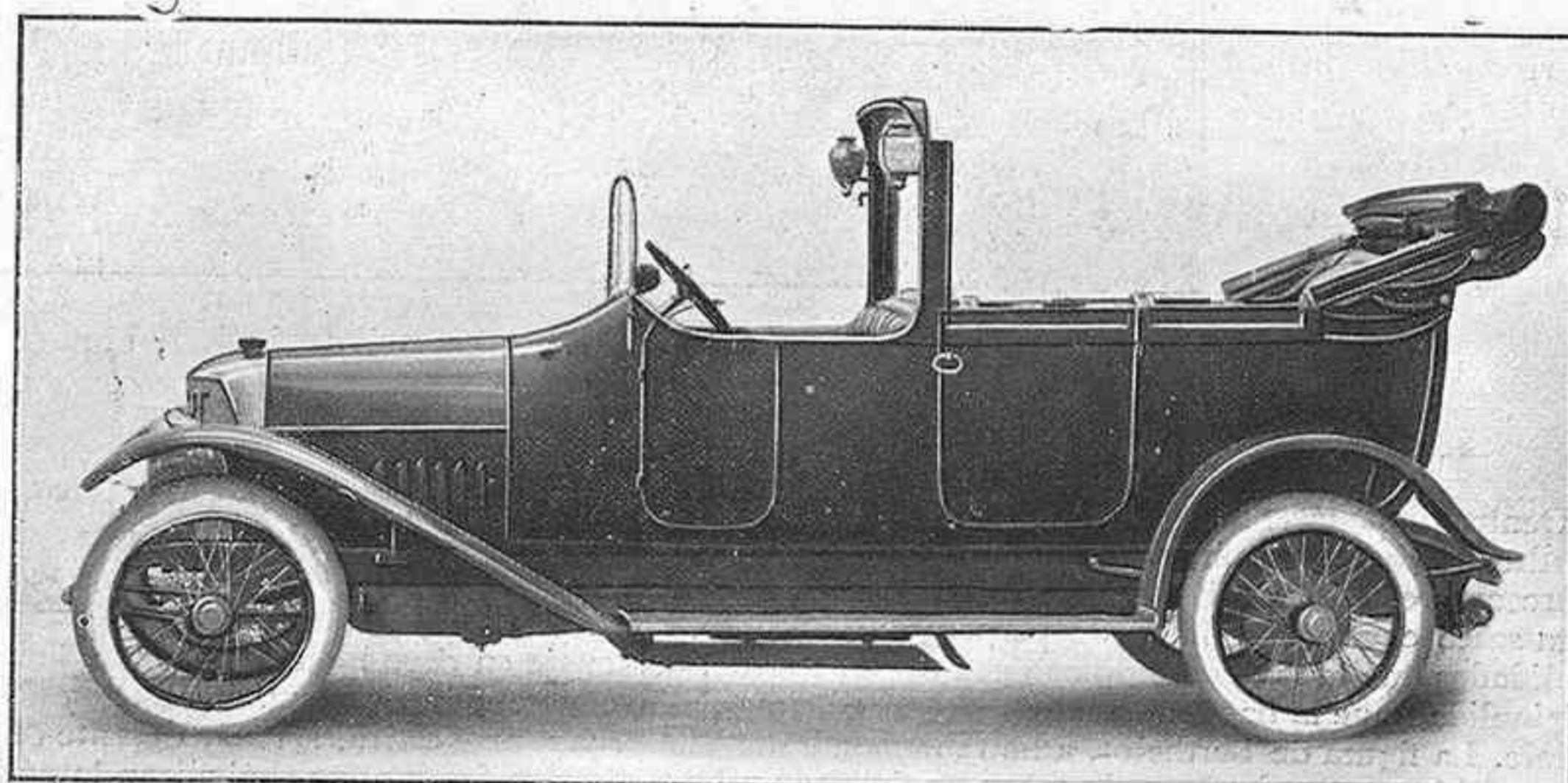
LA NUEVA MARCA NACIONAL DE AUTOMÓVILES ABADAL Y C^a



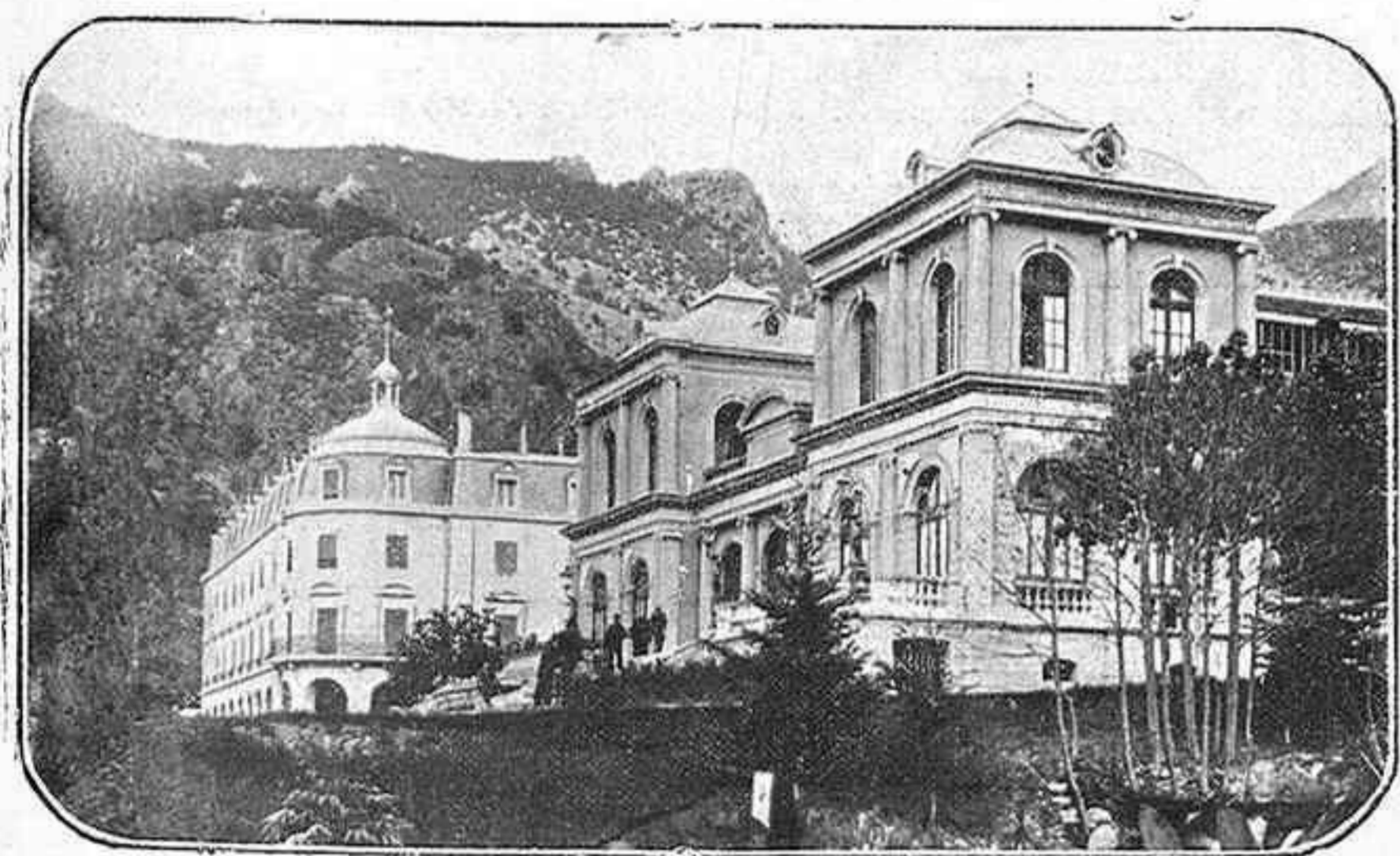
Patio del Taller de Carrocerías de la casa F. S. ABADAL y C.^a, de Barcelona



Modelo ABADAL y C.^a en Limousine-Bombée



Modelo ABADAL y C.^a en Landaulet-Limousine



VERNET-LES-BAINS

EL PARAÍSO DE LOS PIRINEOS

Clima fresco y seco. Aguas sulfurosas sódicas (28° a 66°). Tratamiento de reumatismo, dermatosis, neurosis, afecciones respiratorias, etc.

Establecimientos termales modernos. Hoteles con gran confort moderno. Gran Casino. Juegos varios. Operetas. Concurso hipico internacional. Concurso internacional de tennis, etc.

PÍDASE EL FOLLETO ILUSTRADO (FRANCO) A E. Y O. KIECHLÉ, ADMINISTRATEURS, VERNET-LES-BAINS; PIRINEOS ORIENTALES, FRANCE

AVISO A LAS SENORAS

EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Diabetes, Estreñimiento, Albuminuria, Hemorroides, Anemia

Curación completa y rápida con los nuevos productos del Dr. G. Damman, especialista. Pedid folleto gratuito n.º 29, con pruebas, a J. Segalá, Rambla de las Flores, 4, Barcelona. (Se ruega se especifique bien la enfermedad.)

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA

CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA

Dos tomos en folio, ricamente encuadernados, 100 pesetas

PARA CURAR SIN MOLESTIA CALLOS Y DUREZAS CALICIDA ESCRIVÁ

ES EL ÚNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

DATA DE 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

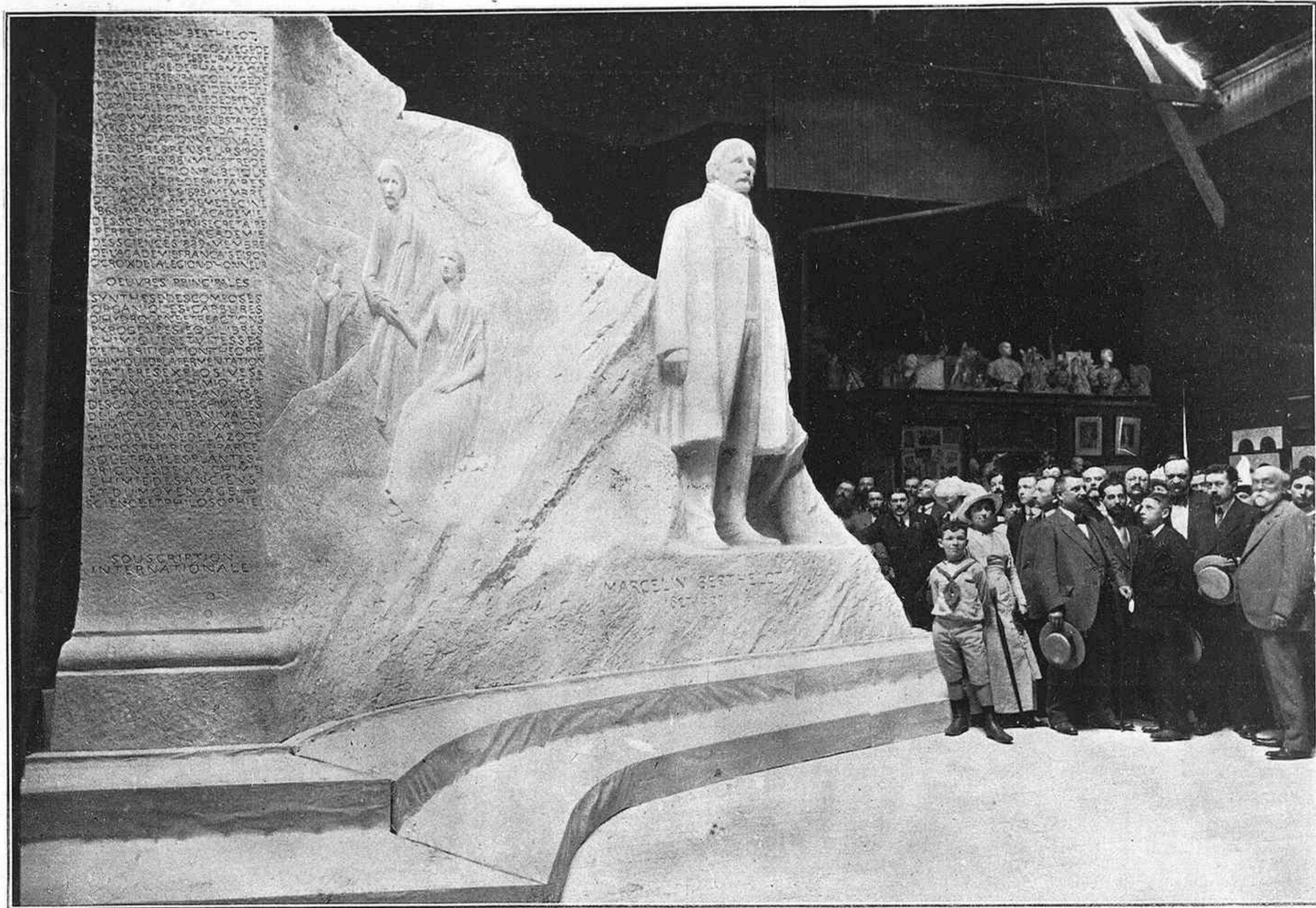
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOSES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS - B^{te} St-Denis, 46 - Paris

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**

Curadas por el Verdadero El mas activo y economico, el unico Inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.



Monumento al ilustre sabio Marcelino Berthelot, obra de Saint-Marceaux, que ha de erigirse delante del Colegio de Francia, en París, y que será próximamente inaugurado. (De fotografía de Harlingue.)

Dentro de poco se inaugurará en París el monumento dedicado al ilustre químico Marcelino Berthelot, costeado con los productos de una subscripción internacional. La obra de Saint-Marceaux, el escultor ilustre que figura entre los primeros escultores franceses, es digna del gran sabio cuya memoria ha de perpetuar: grandioso, severo, sobrio, tiene, además de estas cualidades que tan bien armonizan con el carácter del personaje en cuyo honor se levanta, una originalidad que la hace sobresalir muy por encima de la generalidad de monumentos de esta índole. La figura de Berthelot, admirablemente modelada, yérguese altiva, serena, delante de un gran bloque en el que se destacan en delicado relieve algunas figuras que simbolizan la noble y valiosa labor realizada por el sabio eximio. En uno de los lados álzase una sencilla columna en la cual están escritas las fechas más notables de la vida de Berthelot y los títulos de algunas de sus principales obras. La inscripción dice así:

«Marcelino Berthelot. Preparador en el Colegio de Francia, 1851. - Profesor de la Escuela

Superior de Farmacia, 1859. - Profesor del Colegio de Francia, 1865. - Presidente del Comité científico de Defensa nacional, 1870. - Presidente de la Comisión de substancias explosivas, 1878. - Fundador de la Asociación nacional de librepensadores, 1902. - Senador, 1881. - Ministro de Instrucción Pública, 1886. - Ministro de Negocios Extranjeros, 1895. - Miembro de la Academia de Medicina, 1863. - Miembro de la Academia de Ciencias, 1873. - Secretario perpetuo de la Academia de Ciencias, 1889. - Miembro de la Academia Francesa, 1901. - Gran cruz de la Legión de Honor. - OBRAS PRINCIPALES: Síntesis de los compuestos orgánicos. - Carburos de hidrógeno y reacciones pirógenas. - Equilibrios químicos y velocidades de eterificación. - Teoría química de la fermentación. - Materias explosivas. - Mecánica, química y termoquímica. - Análisis de los gases. - Fuentes químicas del calor animal. - Química vegetal. - Fijación microbiana del ázoe atmosférico por el suelo y por las plantas. - Orígenes de la Química. - Química de los antiguos y de la Edad Media. - Ciencia y Filosofía.»

Jabón líquido PRINCESA

Es el más suave y el único que debe usarse para la cara y el cabello. Es el mejor preservativo de las enfermedades de la piel. Insustituible para la toilette de las personas de cutis delicado, especialmente las criaturitas recién nacidas. Nunca irrita. Preciso en todo lavado.

MEDALLA DE ORO

DE VENTA EN LAS DROGUERÍAS Y PERFUMERÍAS IMPORTANTES. DOS PESETAS FRASCO
VENTA AL MAYOR: J. VIÑAS CAMPAÑA. ARAGÓN, 166. - BARCELONA

PARA ELLAS
por D.ª ADELA SÁNCHEZ CANTOS DE ESCOBAR
Colección de novelitas y cuentos dedicada a las señoras.
Un tomo lujosamente encuadernado a 5 pesetas para los subscriptores a LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

LA ATMÓSFERA
GRANDES FENÓMENOS DE LA NATURALEZA
Obra escrita por CAMILO FLAMMARIÓN
Dos tomos ricamente encuadernados a 5 pesetas uno para los subscriptores a LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

FUMISTERIA: CAÑAMERAS

Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS
GRAN VARIEDAD DE MODELOS
TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA
Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN